

2003

# The revenge of Quetzalcoatl

David W. Keck  
*San Jose State University*

Follow this and additional works at: [https://scholarworks.sjsu.edu/etd\\_theses](https://scholarworks.sjsu.edu/etd_theses)

---

## Recommended Citation

Keck, David W., "The revenge of Quetzalcoatl" (2003). *Master's Theses*. 2447.  
DOI: <https://doi.org/10.31979/etd.qduj-86dt>  
[https://scholarworks.sjsu.edu/etd\\_theses/2447](https://scholarworks.sjsu.edu/etd_theses/2447)

This Thesis is brought to you for free and open access by the Master's Theses and Graduate Research at SJSU ScholarWorks. It has been accepted for inclusion in Master's Theses by an authorized administrator of SJSU ScholarWorks. For more information, please contact [scholarworks@sjsu.edu](mailto:scholarworks@sjsu.edu).

THE REVENGE OF QUETZALCOATL

A Thesis

Presented to

The Faculty of the Department of Foreign Languages

San Jose State University

In Partial Fulfillment

of the Requirements for the Degree

Master of Arts

by

David W. Keck

August 2003

UMI Number: 1417483

### INFORMATION TO USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleed-through, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

**UMI**<sup>®</sup>

---

UMI Microform 1417483

Copyright 2004 by ProQuest Information and Learning Company.

All rights reserved. This microform edition is protected against unauthorized copying under Title 17, United States Code.

ProQuest Information and Learning Company  
300 North Zeeb Road  
P.O. Box 1346  
Ann Arbor, MI 48106-1346

© 2003

David W. Keck

ALL RIGHTS RESERVED

APPROVED FOR THE DEPARTMENT OF FOREIGN LANGUAGE

*Dra. Belia Loreas Zapata*

Dra. Zapata

*Dr. Roland Hamilton*

Dr. Roland Hamilton

*J. A. Sempere*

Dr. Juan Sempere

APPROVED FOR THE UNIVERSITY

*Jorge / Paul*

## ABSTRACT

### THE REVENGE OF QUETZALCOATL

by David W. Keck

This thesis addresses the topic of the conquest of Mexico by the Spanish conquistador, Hernan Cortez, between 1519-1521. It examines the legend of the Aztec god, Quetzalcóatl, and how this belief facilitated the conquest of Mexico. In addition, the Aztec culture is studied which further helps to understand the actions of this highly advanced, yet superstitious, society during this time period.

Research on this subject reveals that there was a common belief amongst the inhabitants of the Aztec empire, that Hernan Cortez was Quetzalcóatl. When Cortez landed on the East Coast of Mexico, the entire indigenous population of Mexico was struck with fear, a fear that Quetzalcóatl had returned to avenge himself for having been exiled from the land five centuries earlier. As a result, the Aztec emperor, Montezuma, allowed Cortez and his soldiers to enter in the Aztec capital, Tenochtitlán, and take control of Mexico.

## Dedication

To my loving wife, Tania, all the professors at SJSU, especially Celia Zapata, and the Lomeli family. Thank you all for your support and inspiration. You have all been a part of this adventure.

## Índice

Capítulo 1	p. 1	La leyenda de Quetzalcóatl
Capítulo 2	p. 31	El caballo de Cortés
Capítulo 3	p. 46	La llegada de los conquistadores
Capítulo 4	p. 65	El secuestro de Moctezuma
Capítulo 5	p. 78	La primera batalla de Máztatl
Capítulo 6	p. 90	La excursión a Texcoco
Conclusión	p. 103	Cinco años después en las junglas de Honduras
Referencias Bibliográficas	p. 105	



## **Introducción**

Esta es una tesis creativa, una obra literaria, que juega con el tiempo para crear suspenso y emoción en el lector y hacer su participación más activa. La historia, tiene un marco de referencia o de tiempo de dos años de 1519 a 1521 y está estructurada en seis capítulos. El género es novela histórica y el estilo que se sigue es narrativo y descriptivo. Un joven azteca de quince años de edad es él que narra y describe todo lo acontecido durante la conquista y destrucción de su glorioso imperio indio, demostrando a través de su relato como la creencia tan arraigada que existía en el imperio mexicano en la leyenda del dios Queztlacóatl, facilitó la conquista de esta raza india por parte de los españoles. Cuando el conquistador español Hernán Cortés desembarcó en la costa este de México y fue visto por los indígenas de México, éstos llegaron inmediatamente a la conclusión que tal personaje no era otro más que el mismo Queztlacóatl que había retornado a fin de hacer cumplir la profecía, la cual consistía en imponer una nueva religión libre de sacrificios humanos, religión que cambiaría para siempre el destino del imperio azteca.

Cual nenúfar del viento el escudo gira,  
cual humo, el polvo se alzó,  
el silbo con las manos repercute, en Tenochtitlán, México;  
en donde está el solio de los Tigres,  
los que allí tienen el cargo de la guerra,  
dan silbos con las manos para la batalla.  
!Ah, las flores del Escudo Humeante  
no es verdad, no es verdad,  
jamás cesarán, jamás acabarán.

Poesía Náhuatl

# Capítulo 1

## La Leyenda de Quetzalcóatl

Hace tres meses que los extranjeros llegaron a nuestra hermosa playa, en la Tierra Caliente. Vinieron del este a través del mar en sus enormes casas flotantes de madera, trayendo consigo a sus extraños animales. Son hombres muy altos de piel blanca y rostros cubiertos de vello. Algunos lo tienen amarillo como el mismo sol, otros castaño como el cacao y otros negro como el nuestro. Algunos tienen ojos cafés y otros los tienen tan azules como el cielo. Siento que los penetrantes ojos azules de su jefe pueden escudriñar nuestra alma, con un sólo vistazo. Su piel está hecha de un metal brillante. Hace cuatro días que los hombres blancos llegaron a México-Tenochtitlán, El Corazón del Único Mundo. Nuestra gente dice que son dioses, pero no estoy de acuerdo. Presiento que traen con ellos nuestra ruina, nos van a engañar. Piden oro pero no dan nada a cambio; simplemente un objeto que refleja la luz y da imágenes. Dicen que son nuestras propias imágenes.

Montan sus animales valientes que son tan fuertes y rápidos que podrían atropellarme y matarme sin preámbulos. Tienen cuatro patas largas y musculosas como las de ninguna bestia que haya visto antes. Parecen venados sin cuernos, pero poseen cabezas más alargadas con mandíbulas amplias que podrían comerme de una sola mordida. Algunos son blancos, otros son cafés, otros negros y uno castaño oscuro...Su pelo me parece muy fino y suave. La

verdad es que me fascinan. Me llaman la atención de manera desmesurada pero los respeto, y les tengo mucho miedo.

También los extranjeros trajeron perros peludos y grandes. Los ladridos de estos animales son tan fuertes y penetrantes que traspasan mi alma. Parecen bestias de otro mundo. ¿Qué digo? En verdad estas son bestias de otro mundo, tan diferentes a nuestros pequeños perros pelados tan poco listos a la par de los suyos que atacan a la mínima orden de su amo, pudiendo despedazarnos en un parpadeo (White, 1971, p. 103).

Hoy mi padre está en el templo ayudando a los sacerdotes a preparar a los prisioneros que ha capturado para llevarlos a la Piedra del Sacrificio. Mi madre como de costumbre fue al canal para lavar la ropa. Está preñada y va a parir muy pronto.

Yo, otra vez estoy dibujando, no puedo evitarlo, todo esto es tan novedoso para mí que no quiero perder detalle. Mis dibujos no son más que el reflejo de los hechos colocados en el orden que mi mente dicta y la destreza de mi mano pinta. Si mis padres los llegaran a encontrar, seguramente me castigarían, porque no me dejan expresar mis sentimientos contra las creencias de Moctezuma, nuestro gran emperador y menos aun lo que acontece a nuestro alrededor con la llegada de los hombres blancos que están transformando nuestro mundo y nadie quiere darse cuenta.

Esta noche, cuando nuestros padres estén durmiendo, voy a salir a hurtadillas de mi casa para encontrarme con mi amigo, e ir a mirar lo que hacen los extranjeros por la noche. Mi amigo se llama Miquiztli, cuyo nombre significa "Muerte". Nuestros padres les tienen miedo a los extranjeros,

pero yo no, porque sé que son humanos, como nosotros. Estoy seguro, porque he visto la sangre de uno de ellos. Cuando se cayó de su extraño animal, cortándose la mano en una piedra, inmediatamente le brotó sangre roja, como la nuestra. Me gustaría comunicarle a nuestro emperador, El Gran Moctezuma, mis pensamientos, pero temo que no me escucharía, porque sólo soy un chico de 15 años de edad.

Me llamo Mázatl y vivo en México-Tenochtitlán. Mi nombre significa, "Venado". Todos nuestros nombres vienen de un animal o un elemento de la naturaleza. Quiero mucho a mi gente, los mexica, que quiere decir "la gente que busca la sabiduría" (Chavero, 1953, p. 208 y entrevistas). Somos muy fuertes. Hemos dominado este valle por 200 años y nunca será conquistado por nadie porque nos pertenece a nosotros, los guerreros más temidos que han vivido. Luchamos muchos años para obtener el control de este valle y más allá. Los totonaca, los chololteca, los huexotzinca y muchas tribus más nos tienen que pagar tributos para vivir en nuestra tierra. Tenemos cuatrocientos cincuenta pueblos y treinta y ocho provincias con más de quince millones de habitantes.

Tenemos muchas tradiciones culturales que representan nuestras creencias, como bailes y festivales que duran semanas, en los cuales llamamos a los espíritus fundamentales para purificar los elementos naturales del mundo que trascienden toda la energía de los cuatro puntos cardinales.

Nuestro calendario está dividido en dieciocho meses, cada mes compuesto de veinte días. Después de los dieciocho meses, quedan cinco días extras en el año llamados "los días vacíos" durante los cuales tenemos que ayunar mientras

los sacerdotes hacen los sacrificios. Entonces la vida comienza de nuevo y festejamos el Año Nuevo (Chavero,1953, p. 313-315).

Cada cincuenta y dos años hay que salvar al mundo mediante la destrucción de las posesiones familiares y apagar todos los fuegos. Si los dioses están satisfechos, el mundo renace y encendemos el Fuego Nuevo; pero si no, el mundo se acaba.

Durante esta ceremonia el Sumo Sacerdote invocaba a El Gran Creador de todos los dioses y le pedía fuerza, sabiduría y tranquilidad de espíritu para el pueblo mexicana (Clavijero, 1964, p. 149). Luego encendía el fuego principal, en el cual se quemaban todas las posesiones familiares mientras se danzaba alrededor de la gran hoguera al ritmo de los tambores y caracoles marinos; pidiendo al mismo tiempo a El Gran Creador y al resto de los dioses que aceptaran nuestro sacrificio permitiendo el renacimiento de nuestro mundo. Quemadas todas las posesiones, el Sumo Sacerdote daba la orden de apagar todos los fuegos. Una vez apagados, el Sumo Sacerdote rogaba nuevamente a El Gran Creador que permitiera el renacimiento del mundo. Después de esto, se guardaba un silencio profundo en espera de la respuesta de El Gran Creador y los demás dioses. Si la furia de ellos no se desataba sobre nosotros en ese momento, era porque nuestro sacrificio había sido aceptado, y el Sumo Sacerdote procedía a encender el fuego nuevo y el mundo renacía dotando al pueblo mexicana de fuerza, sabiduría y tranquilidad de espíritu.

El primer mundo duró 600 años y todos los seres vivientes en la Tierra fueron destruídos por terremotos. El segundo mundo fue destruído por el

fuego, el tercero por los vientos y el cuarto por el agua. Ahora vivimos en el quinto mundo (Caso, 1953, p. 26-27).

Hace mucho tiempo, el mundo estaba oscuro porque no existía el sol. Para hacer el día, los dioses lanzaron un jaguar y un águila dentro de una enorme hoguera para crear el sol. Después los sacerdotes lanzaron un conejo a la hoguera para crear la luna porque se preocupaban de que el sol fuera demasiado brillante. Pero el sol quedaba inmóvil, suspendido e inerte en las alturas. Para iniciar su movimiento, el sol necesitaba sangre y para lograr eso, los dioses se sacrificaron ellos mismos.

Años después, Coatlicue, la diosa de la tierra, quedó embarazada cuando una pluma cayó del cielo, aterrizando en su pecho. Su hija, la diosa de la luna, Coyolxauhqui, no le creyó y les dijo a sus 400 hermanos y hermanas que habían nacido con ella lo siguiente.

-Una diosa sólo puede dar a luz una vez. Nuestra madre nos ha deshonrado. Tenemos que matar a la perversa que se encuentra embarazada de nuestro hermano bastardo.

Los vengativos hijos se le acercaron a su madre, armados. Fue entonces que ella escuchó una voz dentro de su vientre que le dijo.

-Madre, no temas, que yo te libraré para la gloria de ambos.

De repente saltó de su vientre Huitzilopochtli, el dios de la guerra y defensor del sol, completamente armado, con un escudo cubierto de plumas de águila, el brazo izquierdo cubierto de plumas de colibrí. En la mano derecha traía dardos y en la izquierda una lanza. Persiguió a sus hermanos arriba de una montaña donde mató primero, con una rabia implacable, a Coyolxauhqui,

cortándole la cabeza y descuartizando su cuerpo. Sólo unos cuantos pudieron escaparse de su rabia trasladándose al cielo donde fueron convertidos en las constelaciones (Caso, 1953, p. 23).

Huitzilopochtli necesita alimento y la sangre es el alimento más precioso que se le puede ofrecer. Le debemos mucho porque hace 200 años ordenó que nos marcháramos de Atzlán, nuestro antiguo territorio norteco, y que siguiéramos a la estrella de Venus en busca de una señal, que consistía en una gran águila con enormes alas abiertas en dirección al sol naciente, posada sobre un nopal, devorando una serpiente. La peregrinación duró 165 años y nos condujo a un islote en el Lago Texcoco, también conocido como el Lago de la Luna, donde por fin vimos la señal prometida (Caso, 1953, p. 50).

Allí mismo, construimos la ciudad más poderosa del mundo en esta isla, Tenochtitlán, mi patria. Desde entonces, nos ha traído mucha suerte y nos da la fuerza que necesitamos para luchar contra nuestros enemigos y extender nuestro reino.

Se dice que el líder de los extranjeros es el dios Quetzalcóatl, también conocido como La Serpiente Emplumada. Su nombre representa la relación entre las fuerzas creadoras del cielo y de la tierra, la fusión entre los seres humanos y la naturaleza, el día y la noche. *Quetzalli* significa "pluma verde preciosa" y *cóatl* significa "la serpiente" (Florescano, 1993, p. 11-12). Quetzalcóatl era hijo de Mixcóatl, la serpiente de las nubes. También es el dios del viento, Ehécatl (Chan, 1977, p. 7) y de la vida (Caso, 1953, p. 37). Nació hace 550 años. Era muy noble y sabio. Era muy querido por toda su gente. Les enseñó a mis antepasados, los toltecas, de agricultura (Caso, 1953, p. 25) astronomía, física, arte



y filosofía. Además, creó nuestro calendario (Caso 1953, p. 40). Era alto, con la piel más blanca que los demás dioses. Tenía una cara delgada con una barba larga y negra y ojos azules tan claros como el cielo (Prescott, 1998, pg. 52).

Su madre murió dándolo a luz y su tío mató a su padre cuando él era un niño. Quetzalcóatl se crió con sus abuelos planeando la venganza de su padre desde su niñez. Cuando se llevó a cabo la revancha, se convirtió en un dios poderoso y respetado por todo el mundo (White, 1971, p. 89-91).

Huitzilopochtli y Quetzalcóatl iniciaron dos religiones diferentes. Quetzalcóatl profesaba una religión en la cual se podía sacrificar aves y animales en vez de seres humanos. Por eso, nunca se logró una completa unión entre sus seguidores y menos aún la fusión de las dos religiones, razón que al mismo tiempo provocaría el exilio de Quetzalcóatl (Chavero, 1953, p. 209). Él nunca quiso aceptar que tenemos que ofrendar la sangre de nuestros enemigos para satisfacer a Huitzilopochtli. Si Huitzilopochtli no derrotara las malas fuerzas de la oscuridad cada noche, el sol no se levantaría todas las mañanas y nosotros dejaríamos de existir (Caso, 1953, p. 49). Sacrificar es vivir. Vivir es sacrificar para la salvación de nuestra raza.

Al ser exiliado Quetzalcóatl se marchó en su balsa hecha de serpientes, flotando encima del agua. Había una gran multitud en la orilla de la playa. De repente dio vuelta y miró a los observadores con una mirada doliente en su rostro.

*-¡Regresaré de donde se levanta el sol, en un año Ce Ácatl, 500 años después, sobre el mar, para reclamar mi reino. Traeré conmigo una nueva religión y más hombres que se*

*parecerán a mí. ¡Sus descendientes tendrán que pagar por el error que ustedes han cometido!*

Todo está listo para la ceremonia. El calor es intenso y sol más centellante que nunca. Los cuerpos de los prisioneros que son subidos uno a uno a la cumbre de la torre, parecen que fueran bañados de aceite de cacao, pero no es más que el sudor que les corre por los cuerpos de los cuales se desprenden grandes gotas de sudor en cada paso agónico que dan en esa lenta subida que se hace eterna hacia la Piedra del Sacrificio. Los sacerdotes llevan negras sotanas, sus cabellos largos y humedecidos por la sangre de otros que ya han sido sacrificados se mezclan con sus fúnebres vestimentas. Tienden a las víctimas sobre una mesa de piedra. A veces los angustiados hombres luchan al sentir el filo de la muerte pero es inútil. Dos de los sacerdotes le agarran los brazos, los otros dos le agarran las piernas y se los extienden, mientras El Sumo Sacerdote aprieta el cuchillo con las dos manos, lo levanta en el aire, hace una pausa por unos cuantos segundos, y con el movimiento rápido de un relámpago lo hunde en el pecho, abriendo una profunda herida entre la parte superior de las costillas y hacia abajo, hasta el vientre, sacando el corazón, todavía palpitante (Cortés, 2000, p. 142-143). Lo levanta hacia el sol, ofreciendo a los dioses el agua divina del corazón. Entonces entrega el corazón a otro sacerdote que lo mete en el brasero humeante. Se detiene un rato más, como si estuviera esperando la aprobación de Huitzilopochtli, y corta el cuello de la víctima, para rebanar la cabeza, y colocarla en el estante de las calaveras. El hedor de carne quemada y sangre, mezclados con el sudor de todos los presentes en la ceremonia golpea el

olfato del mismo viento, más ese olor es simbólico de vida y fortaleza (Caso, 1953, p. 97).

De pronto, El Conquistador brincó de la estera con el baldaquino de damasco blanco que lo cubría y la frente bañada de sudor. Doña Marina solía calmar a su amante con un amoroso abrazo, después de estos sueños aterradores. Ella acarició los fornidos brazos, diciéndole cuanto lo amaba y lo deseaba.

El Conquistador era de piel blanca y buena estatura, con un pecho definido y musculoso. Tenía pelo oscuro hasta los hombros. Su cara era delgada con una barba larga y negra y un bigote que cubría parte de una cicatriz que tenía en el labio superior. Sus ojos azules eran tan claros como el cielo de un día despejado. Era un hombre que tenía el don de la palabra, el orgullo de la verbosidad.

Doña Marina era baja de cara muy linda, con pómulos altos, de ojos grandes y negros. Tenía un cuerpo duro y voluptuoso, con caderas anchas pero de cintura muy delgada. Era morena con piel cobriza pero levemente sonrosada y muy suave. Su cabello negro y sedoso le caía suavemente sobre los hombros.

-¿Qué os ha atormentado de tal manera? Decidme, ¿con qué soñáis, Don Hernán?

-No os preocupéis, Doña Marina, hoy será un día triunfal para Nuestro Señor, quien nos está vigilando durante estos tiempos difíciles y trae a mí estas pesadillas que en el principio no parecen sino de horrores, con el único afán de prepararme para el futuro para así poder seguir y tener conocimiento de lo que

acontecerá. Ahora no más charla, os necesito doña Marina, venid a mis brazos. Os haré el amor como nunca, en caso que mañana yo esté muerto, mi hijo nacerá de vuestro vientre, en la Nueva España.

A él le fascinaba tocar la bonita piel oscura de la mujer más ardiente que había conocido en sus treinta y cuatro años. Empezó a recorrer su pelo negro con sus callosos dedos. Entonces con la fuerza de un dios griego la volteó, boca abajo y con sus manos comenzó a acariciarle las piernas y luego la espalda y la nuca. La volteó otra vez y le frotó el vientre produciéndole cosquillas deliciosas. Entonces se movió hacia arriba sin cesar de acariciarle. Su lengua bailaba alrededor de sus senos, hasta que ella le rogó que los mordiera gentilmente. Él se subió sobre ella y la estrechó en sus brazos hasta que ya no pudieron controlar la urgencia de unir sus cuerpos. Entró lentamente mientras ella ronroneaba como una leona. El ritmo de su pasión comenzó despacio pero después se intensificó y siguió por un tiempo que para los amantes parecía incontable. Las uñas de ella se clavaron en la espalda de El Conquistador, hasta que por fin llegaron al punto culminante unidos. Sus cuerpos temblaban juntos, hasta que cayeron exhaustos uno sobre el otro, perdiéndose en este sentimiento de éxtasis, olvidando de todo el mundo, menos ellos mismos y del sentimiento que compartían. Estaban completamente inconscientes de lo que acontecía a su alrededor, de donde venían y todas sus obligaciones.

Este momento en el paraíso fue interrumpido por alguien que tocó a la puerta. El Conquistador se levantó de la cama, se vistió con su atavío de batalla, y luego, sobre su vestidura se colocó la armadura. Salió de la habitación hacia el patio del palacio y llamó a Pedro de Alvarado que vigilaba afuera.

Alvarado era capitán de El Conquistador. Era el más grande de todos los españoles, parecía un gigante entre los mexica. Era pelirrojo con barba larga y hablaba en un tono muy fuerte y áspero. Los mexica decían que sus cabellos y barbas eran como los rayos del sol cuando desaparecían en el lejano poniente. Por eso, los mexica lo llamaban "tonatiuh", que significaba "el sol" en nahúatl, la lengua de los aztecas. Era veterano de muchas batallas y le encantaba contar sus experiencias. Como jinete, era la admiración de todos sus compañeros. Se vestía elegantemente. Parecía muy cordial pero cuando se preparaba para una batalla tenía una mirada siniestra en la cara. Su personalidad era una contradicción total que le brindaba un aire enigmático (Prescott, 1998, p. 39). Cuando Alvarado llegó, le contó su plan a El Conquistador y acordaron una estrategia.

Alguien tocó a la puerta y Doña Marina se apresuró a abrirla para encontrar a los caciques y sacerdotes mexica, acompañados por algunos jóvenes Guerreros Águilas y Jaguares. Siendo los mejores soldados los Guerreros Jaguares y Águilas, llevaban uniformes especiales. Los Guerreros Jaguares se vestían con verdaderas pieles de jaguares desde la cabeza hasta los pies, tapándose las cabezas con un casco hecho de las grandes mandíbulas del animal. Los Guerreros Águilas se vestían con los típicos uniformes de guerra fabricados de algodón y de cortes muy ligeros, que les permitían mantener la flexibilidad de sus atléticos cuerpos, sus cascos eran de madera diseñados en forma de águila, con plumas colocadas en la parte trasera del mismo. También llevaban sandalias con verdaderas garras de águila que sobresalían sobre los dedos de los pies.

Con un gesto de la mano izquierda, El Conquistador indicó que entraran. Los mexica pasaron y Doña Marina sirvió de intérprete como siempre.

-Mi Señor, nos gustaría complacerle con una excursión por toda la ciudad, como usted ha pedido-dijo un sacerdote mexicatl.

-Gran honor que vuestra merced me hace, el cual acepto con toda voluntad y ante este hecho tan notorio os doy la gracia en nombre de nuestra Majestad Carlos V, declaró El Conquistador.

Una imagen de oro pasó por la mente del extremeño, como un relámpago que lo arrastró hasta otra dimensión, donde se quedó pensando un rato hasta que Doña Marina interrumpió su ensueño.

-Don Hernán, ¿está vuestra merced listo?

Regresando de súbito a su realidad El Conquistador respondió.

-Me atrevo a decirlos Doña Marina, que este momento es como de profecía y estas palabras como verdad clara que he estado listo para este momento desde que me libré de la matriz de mi madre-dijo El Conquistador con una sonrisa en su rostro que el mismo no conseguía explicar. ¡Señor Alvarado, preparad mi caballo, y decidle a mis capitanes y al cura que urjo de sus presencias a lo sumo!

Cuando todos estuvieron reunidos, El Conquistador y sus capitanes montaron a los caballos y cuatro mancebos ayudaron a Doña Marina a subir a una silla portátil decorada con oro y jade, iniciando la excursión en el centro de la ciudad, desde el palacio de Axayácatl, donde se hospedaban los españoles, a un lado del Muro Serpiente.

La esplendorosa ciudad de Tenochtitlán estaba situada en medio de un lago, conectada con tierra firme mediante tres anchos puentes tendidos sobre la

superficie del agua que llegaban a la ciudad, y luego se convertían en caminos que se encontraban en el centro de la ciudad, donde estaba situada la plaza principal, el *teocalli*. Los puentes eran de cimientado de piedra, y tierra apisonada, todo sostenido por revestimientos de madera. Los puentes-caminos eran un sistema de puentes levadizos que se podían levantar en caso de ataque. Corría paralelo al lado del puente occidental un acueducto que permitía el pase de agua fresca a la ciudad proveniente desde las colinas de Chapultepec.

La calzada occidental salía de la ciudad y se extendía por tres kilómetros dividiéndose posteriormente en dos partes que conectaban hacia tierra firme; una se dirigía hacia la ciudad de Tlacopán, y la otra hacia Chapultepec.

La calzada norteña se extendía poco más de tres kilómetros antes de llegar a otra ciudad que se situaba en el lago, Tlaltelolco, desde allí se extendía cinco kilómetros más hasta llegar a tierra firme, en el pueblo de Tepeyac.

La tercera que salía con dirección al sur era la más extensa, y tenía una longitud de ocho kilómetros sobre el agua antes de dividirse en dos para llegar a las ciudades de Coyoacán y Mexicaltzingo. También el puente sureño dividía el gran lago salado de Texcoco y el lago de agua dulce de Xochimilco (White, 1971, p. 101-102).

La isla era de por lo menos veinte kilómetros cuadrados. Había sido construída en forma de parrilla, dividida por una malla de canales en veinte secciones llamadas *calpullis* que eran distritos diferentes (Chavero, 1953, p. 224). La gente se trasladaba por la ciudad en canoas de madera a través de los canales. En los *calpullis* vivían muchas familias. Cada *calpulli* tenía su propio templo y bandera diferente que volaba como pájaro producto del roce del aire que

suavemente la besaba, encima de sus casas y templos. Las banderas eran muy largas y anchas, y por la mayor parte, blancas, excepto por las diferentes insignias de brillantes colores, que representaban a los nobles locales y a los dioses del *calpulli*. Llevaban estas banderas a la guerra para organizarse con mayor eficiencia y para ubicarse rápidamente en caso de que los guerreros perdieran su escuadrón.

Tenochtitlán era muy limpia. Las aguas residuales eran recogidas en largas canoas y llevadas muy lejos o usadas como fertilizante para las *chinampas*. Las calles anchas eran barridas por mil hombres cada día. Todos los edificios eran tan blancos como nieve recién caída.

Había plazas como las que se encontraban en las ciudades principales de España, pero mucho más inmaculadas, con edificios blancos, pirámides, y una fuente de aguas cristalinas en el medio de cada una.

Había por lo menos sesenta mil casas donde vivían unas trescientas mil almas. Algunas personas, principalmente los sacerdotes, vivían en los templos y pirámides donde se sentían más cerca de los dioses.

Las viviendas de los nobles eran de dos pisos, hechas de piedra volcánica, adobe y cal, y vivían en tierra firme más cerca del centro de la ciudad. Sobre los techos había azoteas con jardines hermosos. La clase media vivía más lejos del centro en casas de un piso hechas de adobe y cubiertas de cal blanco (White, 1971, p. 102).

Primero fueron a la pajarera que estaba al lado del palacio. Allí observaron águilas, garzas, grullas, papagayos, periquitos, quetzales, patos de



varios colores, y otros extraordinarios pájaros que nunca habían visto en Europa ni en el Caribe.

Después pasaron por el zoológico donde había tigres, leones, pumas, zorros, lobos, chacales, víboras y muchas otras especies de animales salvajes. Pero lo que les llamó la atención de sobremanera a los visitantes fueron unos jaguares completamente blancos, algo que nunca habían visto en ninguna otra parte del mundo. Los alimentaban con perros, venados, aves y los miembros de los cuerpos de los recién sacrificados (Cortés, 2000, p. 146).

Luego de varias horas de excursión, entraron en *el teocalli*. La plaza estaba situada en el medio de la ciudad y rodeada por el Muro Serpiente. Allí vieron una reunión de templos, una cancha de pelota, varias plataformas de piedra, un estante lleno de calaveras y otros templos y altares. En el centro de la plaza, sobresalía La Gran Pirámide. Era de treinta metros de altura, con una doble escalera de ciento catorce escalones que conducían hacia las dos torres en la cumbre. Las torres eran templos de los dioses fundamentales (Gómara, 1964, p. 163-164). Los zopilotes volaban en círculos en el cielo mientras pasaban por delante de La Gran Pirámide.

Saliendo de allí, se trasladaron al otro lado del *teocalli*, donde quedaban los lujosos palacios del emperador y de otra gente de importancia como los príncipes, nobles y el cuartel de los Guerreros Águilas.

Entraron al palacio real que era de dos pisos de altura y supremamente immaculado. Los sacerdotes mexica dijeron que el emperador y su familia residían en el piso superior y que en la planta baja trabajaban los empleados

gubernamentales. También, dentro de las paredes, había tribunales, talleres y almacenes.

-Adentro de los almacenes hay mucha comida que nuestras provincias tienen que proporcionar como tributos-explicó el sacerdote. Guardamos la comida en caso de emergencias y para darle a la gente pobre y a los enfermos que no pueden trabajar.

Se trasladaron unos cien metros más allá del palacio imperial donde El Conquistador fijó sus ojos en un edificio redondo, que se encontraba frente al Templo Mayor. La entrada tenía la forma de boca de serpiente (Gómara, 1964, p. 165).

-Extraño templo he de decir, puesto que ni mi lógica razón ni mis ojos logran descifrarlo con acierto, más ha robado mi atención-dijo El Conquistador. ¿Podrían vuestras mercedes decirme con que propósito habéis construído estructura semejante y que uso vosotros le dais?

-Seguramente usted se está burlando, Mi Señor-dijo un sacerdote con una leve sonrisa en sus labios. Usted sabe que es su templo, el templo de Quetzalcóatl. ¿Quisiera Mi Señor entrar ahora mismo al templo?

-No, os lo agradezco-dijo El Conquistador en un tono muy cordial y con una sonrisa un tanto nerviosa que más que reflejarse en sus labios se podía percibir en su mirada. Es mejor seguir con la excursión, pues estoy seguro que aún le quedan a mis ojos muchas más cosas que contemplar de este mundo antes de marcharme de él. Y pensó El Conquistador para sí mismo.

-Bueno Hernán, tenéis que recordar que la valentía que no se funda con base en la prudencia se llama temeridad y vos tenéis que guardaros para mejores tiempos.

Entonces El Conquistador se volvió a Doña Marina y le preguntó.

-¿Decidme Doña Marina, es éste el mismo templo que vimos en Cholula, no?

-Sí, Mi Señor, es el mismo.

-Pensé esto, por la verosimilitud de la imitación con la cual han construído semejante estructura, tan solo quería tener certeza.

Salieron del *teocalli* y empezaron la excursión fuera de las paredes del Muro Serpiente. Después pasaron por donde vivían los *pochteca*. Eran mercaderes que traían cosas de valor de todas las esquinas de México y más allá. Sus copiosas casas eran muy bien contruídas y de dos pisos. Tenían patios ornamentados de bellos jardines compuestos de flores variadas (Chavero, 1953, p. 260). Allí pararon por un rato y un sacerdote mexicatl empezó a explicarle a El Conquistador por medio de Doña Marina.

-Mi Señor, los *pochteca* nos han ayudado a expandir nuestro reino por las mercancías que transportan de lugar a lugar por todo el imperio, organizando caravanas armadas que viajan hasta las dos costas, sobre las montañas y por las junglas hasta Yucatán, en la tierra tropical, y aun más lejos rumbo al sur, hasta Nicaragua, que quiere decir “la tierra de lagos y volcanes”, para traer de allá las plumas de los pájaros más raros y exóticos y pieles de jaguares (Prescott, 1998, p. 24 y entrevistas). También traen a la ciudad polvo de oro, sal, carne, colorantes, plata, perlas y otras piedras preciosas con que hacen joyas y

ornamentos, cacao y mucho más. Son respetados por las comunidades por dondequiera que vayan. Y tienen el privilegio de no pagar impuestos. Viven muy bien (White, 1971, p. 107).

Siguieron la excursión hasta llegar a las orillas de la isla donde estaban las casas de las familias más humildes. Eran hechas de caña, de un sólo piso, con techos de paja, muy cerca las unas de las otras. En las orillas del lago, había jardines flotantes.

-La mayoría de los habitantes que viven aquí son pescadores y también cuidan las *chinampas*-dijo el sacerdote. Las *chinampas* son los jardines flotantes que pueden ver. Son los recursos principales de la comida. Producen siete cosechas al año. Son sembrados hechos de tierra fértil que traen desde tierra firme, lodo y caña, en las cuales cultivamos frijol, chile, maíz, calabazas, pimientos, aguacate y otros vegetales. También cultivamos el cáñamo de que hacemos las sandalias, las sogas más fuertes y la ropa. Los guerreros fuman los brotes de esta planta después de las batallas. Plantamos sauces alrededor de los bordes para que las raíces puedan sostener la tierra fértil debajo. Se reparten las tierras comunales entre los jefes de la familia. A cada uno se les da una porción de tierra para que la siembre. Pero si deja de producir cosechas dos años seguidos, se le quita (Chavero, 1953, p. 246). La tierra es para el que la trabaja, nada más. Ahora vamos al mercado. El sacerdote explicó que estaba situado lejos del centro para que los forasteros no se mezclaran con los nobles y los sacerdotes.

Siguieron al sacerdote que subió al puente norteño. Caminaron un rato antes de llegar a la otra isla de Tlaltelolco. A El Conquistador le fascinó e

impresionó la agilidad con la que mercadeaban los indígenas y el orden en el que los negocios tenían lugar allí. Las familias canjeaban sus productos con los vendedores para obtener comida y otros productos a fin de poder satisfacer las necesidades básicas del hogar. Las mercancías populares eran plumas, pieles de animales, algodón, sandalias, chocolate, medicinas, leña, caza y canoas. Había alfarería con decoraciones de diseños y colores variados y originales. Era obvio que existía verdadera competencia entre los artistas (Díaz del Castillo, 1983, p. 171-172).

Un sacerdote mexicatl que los acompañaba se acercó a la puesta de un vendedor, y escogió un pedazo del oro que levantó para observarlo. Los ojos de El Conquistador y de sus capitanes brillaron, tal como brillarían los ojos de sediento en medio del desierto al encontrar agua. El sacerdote ordenó al vendedor que le regalara una cadena de oro a El Conquistador y unos pedazos del metal a cada uno de sus capitanes.

En algunas calles vendían aves: pollo, guajalote, paloma y más. En otras calles vendían pescado. Había otros puestos de fruta y vegetales. También había florerías que exhalaban exóticas fragancias aromáticas tan delicadas que endulzaban el olfato de los extranjeros, quienes miraban la inmensa variedad de colores y formas de las delicadas plantas (Díaz del Castillo, 1983, p. 171-172).

La excursión tardó casi todo el día y todavía no habían explorado toda la ciudad. Pero con el ocaso, regresaron al corazón de la ciudad donde habían comenzado. Al entrar en el *teocalli*, los españoles bajaron de sus caballos y comenzaron a acercarse a la Gran Pirámide, caminando lentamente a través del ancho corredor de mármol, mirando a todos lados con gran sigilo, tratando de

percibir hasta los espíritus que sentían a su alrededor. Entonces todos clavaron los ojos en los seis sacerdotes mexica que bajaban de La Gran Pirámide. Al llegar a la parte inferior, dos de los sacerdotes intentaron tomar por los brazos a El Conquistador para ayudarlo a subir, pero él los rechazó y cortesmente impidió que se le acercaran. Los españoles subieron en fila por las escaleras con El Conquistador a la cabeza.

Cuando llegaron a la cumbre, Moctezuma salió por el pasillo de entre medio de una de las torres para recibirlos. El emperador era alto y de piel trigueña. Tendría unos cuarenta años y musculoso, fuerte de espalda y de hombros, aunque era más delgado que la mayoría de los mexica. Su negro pelo le cubría las orejas. Tenía una negra barba bien afeitada y angosta, la cara larga con pómulos pronunciados y ojos grandes. Era un hombre meticulosamente limpio. Se bañaba una vez al día, por las tardes, y nunca se vestía con la misma ropa, sus atuendos siempre eran elegantes y muy elaborados. Llevaba un manto azul de algodón con muchas joyas alrededor del mismo y sobre la frente una diadema triangular de oro y turquesas adornadas con plumas de aves tropicales. De las orejas le colgaban unos aretes triangulares de oro. También llevaba collares, anillos y pulseras de oro. En la mano izquierda traía un bastón también de oro macizo. El oro que lucía el emperador en su atuendo comenzaba desde su penacho y terminaba en sus guaraches (Díaz del Castillo, 1983, p. 161).

-Bienvenidos-dijo el emperador.

-Ustedes deben estar muy cansados.

Hubo una corta pausa mientras Doña Marina traducía.

-Os doy las gracias a vuestra merced por preocuparos de nuestro bienestar-El Conquistador respondió con firmeza. Pero he de deciros, gran emperador Moctezuma, que los aquí presentes ante vuestros ojos, somos españoles que hemos venido de tierras lejanas que quedan más allá del mar, y que andamos por todas las partes del mundo sin cansancio alguno, en busca de ocasiones que nos puedan hacer y hagan famosos caballeros al servicio de nuestro rey, pero sobre todo que nos puedan hacer y hagan grandes cristianos al servicio de nuestro poderoso Dios (Díaz del Castillo, 1983, p. 173).

Entonces Moctezuma puso su mano libre en el hombro de El Conquistador y le dijo a través de Doña Marina.

-De una buena mirada a su alrededor, Mi Señor. Este valle glorioso se llama Anáhuac, que significa, "en el agua".

Los españoles contemplaron la ciudad y todo el valle. El horizonte estaba rodeado de colinas cubiertas de bosques. El sol, se ocultaba tras una larga nube cenicienta y bañaba con sus rayos dorados la llanura y las colinas. Se quedaron en silencio, por unos momentos, admirando las aguas serenas, los islotes, las tierras fértiles, el bosque de Chapultepec y las montañas. Todo era fortuna y abundancia en ese paraíso (Grismer y Molinos, 1953, p.26). El Conquistador quedó mirando hacia el sureste en dirección al camino por el cual llegaron y donde tuvieron que pasar entre medio de los dos gigantescos volcanes.

-Aquellos volcanes se llaman Popocatépetl e Ixtaccíhuatl que significan, "montaña humeante" y "mujer blanca"-dijo el emperador azteca. Hacía mucho tiempo, vivía un guerrero muy valiente que todo el mundo admiraba. La única mujer que en verdad amó fue la hija del emperador. Era muy hermosa de piel

muy blanca aun más blanca que la suya, Mi Señor. Popocatépetl e Ixtaccíhuatl se iban a casar. Pero una semana antes de la boda, el joven guerrero tuvo que participar en una campaña militar y no regresó de la batalla. Ixtaccíhuatl se entristeció mucho y anduvo desolada por un tiempo hasta que ya no pudo aguantar el sufrimiento del amor perdido y se clavó una daga en el corazón porque allí era de donde le brotaba el dolor por la pérdida de su amado. Poco después, apareció Popocatépetl que la encontró en sus últimos alientos de vida. La tomó en sus brazos, la besó y segundos después, ella expiró. El joven se llevó el cuerpo de la bella amada a la montaña, le cubrió el cuerpo con un manto de nieve y lo lanzó en uno de los volcanes. Entonces él corrió tan rápido que sus pies ya no pisaban la tierra y saltó adentro del otro volcán. Por eso, los volcanes llevan sus nombres. Ixtaccíhuatl siempre está durmiendo profundamente envuelta en su manto de nieve y Popocatépetl siempre está humeante y temperamental, listo para entrar en erupción en cualquier momento (entrevistas y Sodja, 2002, p. 33-37).

El Conquistador le sonrió a Moctezuma y le dijo.

-¡Oh! Gran emperador Moctezuma, la historia que vuestra merced ha contado es un prodigio de amor, quizás el más grande y sublime amor del que haya escuchado jamás y mucho más pudiera decir, sino que no es la ocasión. Si vuestra merced lo permite, quisiera cambiaros de tema, pues no quiero dejar de expresaros que ésta es la ciudad más bella que ojos humanos han visto en el mundo.

Entonces se volvió al Fray Bartolomé de Olmedo.



-Me parece, Señor Padre de Olmedo, que aprovechando la ocasión y dando continuación a la plática que con el emperador tenemos en este momento, pedir debiéramosle a fin que nos permitiera iniciar la construcción de una iglesia aquí mismo, para dar enseñanza cristiana a estos aliados del demonio con la ayuda de Dios y la Virgen.

-La idea de vuestra merced sería buena si por fortuna divina lograra tener éxito, replicó el Fraile Olmedo, agregando.

-Pero Don Hernán, pensad en los tiempos de nuestro señor Jesucristo en los cuales nos encontramos. La paciencia nunca ha sido una de las virtudes de vuestra merced, por lo que he de recordaros una vez más que nunca es tarde para emprender camino en una virtud que os hará aun más digno de admiración en esta vida. Como sabrá vuestra merced, la paciencia es gran aliada de la sabiduría, don con el cual vos contáis, pues exquisita lucidez punza en vuestra razón, apoyaos en ella y veréis que éste no es el mejor momento de proponer tal cosa al emperador.

Doña Marina confirmó con un gesto la exactitud que las palabras del padre tenían.

-Gran Moctezuma, es vuestra merced en efecto un gran emperador, pues de vuestro ingenio y manos ha brotado un imperio digno de admiración. En verdad os digo que vos sois un gran hombre, pero sin que la adulación acreciente mis palabras o otro vano respeto disminuya el valor de las ya exclamadas, he de deciros que grande es el honor que me ha dado vuestra merced al permitirme y permitir a mi capitanía el conocer vuestra ciudad, y encontrándonos ante vuestra digna presencia en vuestro templo, os ruego como

un gran favor, que nos mostréis los dioses que descansan dentro de las torres de este templo, quedando de esta forma satisfechos de tan grandiosa excursión.

Moctezuma le dijo que primero tenía que hablar con los sacerdotes quienes les otorgaron el permiso pero les advirtieron a los extranjeros que tuvieran mucho respeto por lo que iban a observar adentro (Díaz del Castillo, 1983, p. 171). Después de rezar, con las caras hacia el sol y los brazos cruzados sobre sus pechos, los sacerdotes condujeron a los españoles hacia uno de los oscuros pasillos que solamente se iluminaba por una antorcha al final del corredor. Primero, entraron Moctezuma, sus cortesanos y soldados. Después prosiguieron los españoles, con las manos puestas sobre las espadas (Díaz del Castillo, 1983, p. 171-177).

Dentro de las casas de los dioses, había muchas estatuas y otros ídolos, pero en cada una de las dos torres presidía un dios principal. En el primero que entraron estaba el ídolo de Tláloc. Era más alto que los españoles y muy grueso. Su rostro y cuerpo estaban pintados de negro para representar las nubes tempestuosas. Llevaba una máscara formada por dos víboras entrelazadas, pintada de azul para representar el agua. En la parte superior de su cabeza llevaba plumas de garza entre dos plumas de quetzal. (Caso, 1953, p. 60).

-Este dios es muy importante-dijo Moctezuma. Es el dios de la lluvia y el jefe de todos los dioses del agua. Reina en el paraíso adonde va toda la gente que se ahoga o se muere en la Piedra del Sacrificio. Dependemos de él para nuestras cosechas. Pero si le faltan sacrificios en su nombre, puede quitar la vida, dejando de echar agua a la tierra causando epidemias de hambre (Caso, 1953, p. 57-60).

Salieron del templo de Tláloc y entraron en el pasillo que se guiaba hacia la torre del ídolo de Huitzilopochtli. Antes de llegar al final del pasillo los españoles olieron algo muy repugnante, pero de igual manera familiar. El ídolo, que era hecho de piedra volcánica a la figura de un hombre grueso con una ancha cara de grandes y terroríficos ojos de monstruo (White, 1971, p. 127). La mayor parte de su cuerpo estaba cubierto de víboras hechas de piedras preciosas, oro y perlas. En una mano traía flechas y en la otra, un arco. Tenía dientes rectangulares que mostraba a través de la máscara de turquesa que cubría su cara.

Las paredes estaban cubiertas de sangre. En los braseros se quemaban los corazones humanos de los recién sacrificados. El Conquistador reaccionó de una manera que sus capitanes nunca habían visto.

-¡Oh! ¡En nombre de Dios, Nuestro Señor! Creo sentir el acecho de las peores especies demoníacas descritas en el Apocalipsis. Este espectral lugar está maldito, es del todo sobrehumano. La altivez de este demonio es funesta, siento que musita, gime y suspira en mi sien bajo esa abominable máscara que cubre tan despreciable rostro. Esta visión ha salido de las sombras del anochecer de la hora terrible de mis pesadillas, pues es tal cual lo soñé. ¡Es verdad ! ¡El infierno existe en este mundo! Emperador Moctezuma, vuestra merced hombre de gran sabiduría es. ¿No os dais cuenta de que lo que hacéis es malo? Entended por gracia divina que vuestros ídolos no son dioses de la naturaleza, sino demonios malhechores que pervierten la mente de vuestra merced y la de vuestro pueblo. El destino de vuestra alma y salvación podría ser condenada a la eternidad de los castigos infernales. Acabad con este espectro de noche, considerad Gran Emperador lo mucho que ha estado dormido a la luz divina de la salvación por

tener vuestras manos puestas en la sombra. Concededme el favor de construir una catedral aquí mismo y erigir una cruz en la parte superior de las torres; y con tal acto en nombre de Dios Nuestro Señor, desaparecerá la penumbra que habita en este escondrijo infernal y en lugar de estos diablos, pondremos las imágenes de Nuestra Señora y Su Hijo. Entonces veréis que vuestros ídolos no son sino despojos del mal que os robaban el alma con engaños y tras la decepción de estos falsos dioses vendrá la redención para vuestra merced y vuestro pueblo.

-Les daré todo lo que poseo y estoy a sus órdenes, pero no puedo exigir a mi gente que tumbe los dioses. Para nosotros, representan la vida, la fuerza y el futuro. Nos alimentan y nos cuidan, dándonos muchas victorias en los campos de batalla y las lluvias para las cosechas.

Entonces Moctezuma hizo una pausa por unos momentos, pensando profundamente en lo que sus antepasados le dijeron. En su rostro se notaba la tensión del momento, pero aún así mantenía toda compostura, hasta que él mismo decidió interrumpir sus pensamientos al dirigirse nuevamente a los españoles.

-Es verdad que ustedes son los dioses de quienes me contaban mis antepasados. Tienen que ser. Decían que vendrían de donde se levanta el sol todas las mañanas, para traer una nueva religión y dominar estas tierras de nuevo. Han peleado muy valientemente contra nuestros enemigos antes de llegar aquí y los respeto como respeto a los demás dioses (Díaz del Castillo, 1983, p. 163).

-Gran emperador, nosotros no sabríamos corresponder toda vuestra hospitalidad y generosidad, dijo El Conquistador.... Tenéis razón vuestra merced al decirme que vinimos de donde sale el sol por la mañana para iluminar cada día de Nuestro Señor. Más no sé, a que dioses os referís. Sé que estoy en estas tierras con propósito divino, que el mar guiado de la mano de Dios me ha puesto en este camino para traer a vuestras perdidas almas la salvación y ofreceros la verdad de la Santa Escritura en la que no falta átomo de verdad alguna, verdad que se les dará a conocer a través de vuestra conversión en cristianos y alabanza al único Dios y Salvador, Nuestro Señor, Jesús Cristo. Nuestro emperador, al que llamamos Rey, mandará a más hombres que son más santos que todos los aquí presentes. Son hombres de Dios buenos para el púlpito por conocer de teología y practicar la verdad que predicán. Cuando lleguen ellos, mejor que yo os podrán explicar de la verdad que os hablo. Nosotros hemos llegado para advertiros, nada más (Díaz del Castillo, 1983, p. 165).

-Señor Malinche, entienda mis palabras. Desde el comienzo de nuestra raza, hemos tenido varios dioses generosos y potentes. Estoy seguro que su Dios es poderoso y magnánimo también, pero ya no se molestó en tocar este tema, puesto que nuestras creencias están tan separadas como dos inmensas líneas paralelas en la inmensidad de la creación, que nunca podrán ser una sola ya que nacieron desunidas.

-Como diga vuestra merced, Señor Moctezuma. El día fue largo y ahora la noche se cierne sobre el valle, indicándome la hora de retirarme a descansar. Con vuestro permiso regresamos a nuestros aposentos.

-Pueden retirarse ustedes, yo aquí me quedaré por unos instantes.

Necesito pedir disculpas a Huitzilopochtli y ofrecer ciertos sacrificios por el pecado que he cometido al haberlos dejado ascender al templo sagrado y por haber deshonrado a los dioses.

-Os ofrezco disculpas, Emperador Moctezuma. Ahora con el permiso de vuestra merced nos retiramos.

El Conquistador y sus capitanes descendieron rápidamente, contando las 114 escaleras (Gómara, 1964, p. 164). Ya había empezado a anochecer. Tenochtitlán era una vista maravillosa por la noche. Toda la ciudad estaba iluminada. Los sacerdotes encendían las lumbres afuera de los templos arriba de la Gran Pirámide por la tarde y las mantenían vivas hasta el amanecer. Las antorchas ardieron toda la noche fuera de los edificios y las casas en ambos lados de las calles. Había linternas a lo largo de los puentes para guiar a los *pochteca* que llegaban a veces por la noche en las canoas con su mercancía.

Dentro del templo de Huitzilopochtli, después de sacrificar a doce tlaxcalteca, Moctezuma despidió a los sacerdotes y se puso de rodillas delante del ídolo de Huitzilopochtli, encendió el incienso y comenzó a orar, con la cara hacia el cielo.

-Huitzilopochtli, el dios más poderoso del universo, te ruego perdón. He pecado y me arrepiento de todo corazón. Ahora más que nunca necesito tu auxilio. Quiero que me aconsejes en lo que debo de hacer. Nunca me he sentido tan débil en mi vida. Mientras he estado a cargo del reinado de tu imperio, he cumplido tu voluntad. Pero después del regreso de Quetzalcóatl, he estado confundido por la falta de señales. ¿Es que no me las enviaste o que he llegado a ser ciego? ¿Necesitas más sacrificios? ¿Debería capturar a los extranjeros

ahorita mismo, antes de que lleguen más? ¿Debería esperar y aprender los secretos de ellos? Tal vez nos van a regalar unos animales suyos para poner en nuestro zoológico. ¿Me está castigando Quetzalcóatl? Desde hace tres años cuando la estrella humeante pasó por el cielo, señalando nuestro fin, he tenido miedo. No por mí, sino por tu gente y por tu imperio. Si nosotros nos extinguiéramos, ¿qué pasaría contigo? El mundo llegaría a su fin, sin el sol. Huitzilopochtli, estaré esperando las señales. Por favor, contéstame. No me dejes ahora que más te necesito.

Fray Bartolomé de Olmedo entró a la improvisada capilla con la Santa Biblia en las manos, levantándola hacia el cielo, caminando lentamente en el piso de ladrillos hacia el altar que tenía una imagen de la Madre y el Niño. El Conquistador y Doña Marina estaban sentados en la primera fila con los capitanes, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz, Juan Velázquez y Gonzalo de Sandoval. En la segunda fila estaban sentados cinco soldados más, en la última fila siete más, y afuera diez más vigilando. El padre llegó al altar, se volvió hacia la pequeña multitud, puso La Biblia en el altar y comenzó a orar.

-Gracias Señor por habernos otorgado la oportunidad de iniciar la salvación de las almas de nuestros hermanos, los indios, perdidos en un mundo de tinieblas creado por el maligno. Os ruego Señor Dios creador de todo cuanto existe, en nombre de vuestra infinita misericordia y bondad, perdonad a estas pobres almas perdidas por sus grandes pecados a través de la conversión, y que vuestro Santo Espíritu entre en sus corazones para que puedan ser redimidos por tu perdón. Otorgadles la luz de la verdad y el poder de recapitación, Transformad sus almas salvajes y profanas en almas sedientas de amor. Dadnos

Señor a nosotros la sabiduría, la fuerza y la paciencia para llevar a cabo vuestra encomienda en La Nueva España según vuestra voluntad y doctrina. Perdonad nuestros pecados y llevadnos a la vida eterna. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.



## Capítulo 2

# El Caballo de Cortés

Los padres de Mázatl dormían plácidamente en la casa de adobe. El muchacho que se fingía dormido, puso la manta de piel de venado que lo cubría a un lado y se levantó lentamente de su petate de caña, tratando de no despertar a sus padres. Sus movimientos eran los de un gato en la oscuridad certeros y silenciosos. Puso las manos sobre la pared, palpando cada milímetro hasta dar con la daga de obsidiana que colgaba de un cinto de cuero en el extremo derecho de la pared izquierda por donde él dormía, anduvo en puntas y muy despacio hasta haber logrado salir del cuarto y llegar hasta la cocina donde recogió una olla. Entró rápidamente como un ladrón en medio de la penumbra escondiéndose por unos segundos en el patio que se situaba en el medio de la casa, para lograr recobrar el aliento nuevamente. En la esquina había una estatua de la bella diosa de amor, Xochiquetzal, y en el centro, una fuente. En las paredes había muchos onramentos de oro, pieles de animales y unas plumas de quetzal. Se detuvo en la fuente para llenar la olla con agua fresca. Después salió por el umbral, tomó las cortinas con las manos y las jaló lentamente hacia atrás para que no sonaran las campanas hechas de barro que estaban cosidas en la parte superior (entrevistas). Caminó a través del jardín que olía a jazmín y margaritas, continuando su marcha hasta el canal donde subió a una canoa y comenzó a remar con sus fuertes brazos que se ponían más robustos cada día producto del duro trabajo y el entrenamiento militar. Llevaba un blanco

taparrabo típico que le envolvía la cintura y pasaba entre las piernas. Mázatl hacia honor a su nombre, manteniéndose alerta como un venado en la noche, siempre en guardia dispuesto a actuar en cualquier segundo. Después de remar por unos diez minutos, llegó a la casa de su amigo que estaba afuera sacándole punta a una flecha. La noche era magnífica, la luna nueva y radiante iluminaba el camino de los amigos aventureros haciendo cómplice de ellos.

-Sube Miquiztli, rápido.

El chico bajó la pequeña escalera y subió rápidamente a la canoa. Durante el trayecto, pasaron por un lado del gran *teocalli*. Desde el canal miraban las torres iluminadas por las antorchas en la cumbre del Templo Mayor.

Cuando llegaron a su destino, bajaron de la canoa aún estando en el agua y la subieron con ellos escaleras arriba. Allí la pusieron al lado más oscuro del pequeño muro que se formaba producto de la construcción de las escaleras de paso por donde ellos subieron a fin de no despertar sospechas. Se encaminaron hacia el palacio, ambos conocían perfectamente el lugar, cada piedra que les rozaba las plantas de los pies les era familiar. Estando en las afueras del palacio, donde se hospedaban los españoles en el interior, Mázatl logró mirar por fin donde se encontraban los caballos y con la olla llena de agua fresca en las manos, caminó en dirección a los animales, con mucho cuidado. Miquiztli le preguntó en voz baja.

-¿Qué estás haciendo, Mázatl? ¿Estás loco?

-Cállate Miquiztli. ¿No crees que nos pueden oír?

Mázatl fue acercándose hacia los caballos con la olla llena de agua, mientras Miquiztli lo seguía unos pocos pasos atrás. Los corazones de los muchachos

sonaban como tambores de guerra y sus respiraciones eran como sifones de viento anunciando una tempestad. Cuando estuvieron bastante cerca de los animales Mázatl vio uno que le gustaba en particular. Era de color castaño oscuro, y sobresalía del resto por ser el más grande y tener las patas más musculosas que los demás. El caballo de color castaño sintió la presencia de Mázatl y volvió la cabeza hacia el muchacho para mirarlo directamente con sus ojos oscuros y relucientes. Mázatl no se movió y quedó enmudecido por unos instantes, tal como si la mirada del animal hubiera producido en él un efecto paralizante. Entonces el animal movió nuevamente su cabeza hasta chocarla suavemente con la del joven, quien recibió el pequeño golpe como una bienvenida, golpe que al mismo tiempo le devolvió el movimiento, por lo que incorporándose empezó acercarse de nuevo al caballo. Por fin, cuando llegó al animal, puso la olla en la tierra delante de él y se echó atrás. El caballo bajó la cabeza y tomó agua. Cuando terminó, levantó la cabeza, miró a los dos extraños y resopló con un ruido defensivo. Miquiztli agarró una flecha, la colocó en el arco y apuntó hacia el caballo. Pero Mázatl rápidamente quitó el arco de las manos de su amigo.

-Déjame matarlo antes de que nos mate a nosotros-dijo Miquiztli.

-¿Cómo sabes que nos va a matar?

-Así han dicho.

-¿Quiénes lo han dicho, los tlaxcalteca? Ellos nos mienten porque están del lado de los blancos. Son traicioneros. No me importan las mentiras de ellos. Lo voy a tocar. Si me trata de comer, mávalo.

-De acuerdo amigo, pero anda con cuidado.

Mázatl se aproximó al caballo de color castaño oscuro lentamente. El caballo respondió, bajando la cabeza para que le pudiera frotar la frente. Comenzó a frotársela con suaves caricias mientras Miquiztli se quedó atrás vigilando hacia todos lados.

De repente los muchachos oyeron un ruido desde el palacio y los perros comenzaron a ladrar. Se abrieron los portones del palacio y salieron tres españoles con los arcabuces en las manos. Los jóvenes se escondieron entre los caballos. Miquiztli temblaba sin poder contenerse, las pupilas de sus ojos estaban tan dilatadas como las de un gato salvaje y su piel tan erizada como la de un pollo, tenía más miedo a los caballos que a los españoles.

Los soldados españoles permanecieron fuera de la entrada del palacio, a diez metros, platicando por algunos minutos mientras los muchachos permanecían inmóviles.

-¿Qué vamos a hacer, Mázatl?

-Agarra esa piedra que está a tus pies y tírala para el otro lado de la entrada.

La levantó y la lanzó treinta metros al otro lado de la entrada. Al escuchar el ruido los españoles sacaron las espadas, uno de ellos agarró una de las antorchas que colocaban por las noches afuera de las puertas del palacio y se encaminaron en la dirección de donde provino el sonido, ocasión que aprovecharon los muchachos para salir corriendo del corral como dos venadillos asechados por un león, sin detenerse hasta haber logrado alcanzar la canoa, la que pusieron en el agua y subieron a ella. Remaron lo más rápido posible sin mirar atrás rumbo a sus casas.

Al día siguiente los jóvenes amigos se encontraron en la escuela que se llamaba *Calmecac*. Aunque se sentaron uno al lado del otro, no hicieron ningún comentario sobre la noche anterior, tal como si todo hubiera sido un sueño confuso del cual ninguno de los dos recordaba nada. Por la mañana aprendían la historia de su raza y del mundo que narraban los códices y en la misma hora aprendían a dibujar las jeroglíficas de las cuales se componían los códices (Prescott, 1998, p. 58), algo muy fácil para Máztatl quien ya había escrito unos manuscritos. También estudiaban religión y aritmética. Los maestros les platicaban de astrología y como las estrellas tienen influencia sobre la vida. También les enseñaban a leer el calendario que medía el tiempo en precisos incrementos según el movimiento del sol (Caso, 1953, p. 110-114).

-Cada planeta es representado por un color-dijo el maestro. El planeta Marte es representado por el color rojo, Venus por verde, Júpiter por azul, Mercurio por amarillo y Saturno por negro. Estos mismos colores se manifiestan en el plumaje de los Guerreros Águilas (entrevistas).

Después de la comida del mediodía estudiaban música y baile. En la tarde tenían su clase favorita: Arte Militar (White, 1971, p. 115).

-Seré un Guerrero Águila valiente y grandioso como mi padre-dijo Máztatl. Seré un hombre rico. Capturaré a quinientos prisioneros para llevar al sacrificio. Seré amado por todo el pueblo.

-¿Y qué tal si te mataran? ¿No tienes miedo?

-¡Claro que no! Tu propio miedo es lo que te puede matar, no el enemigo. Además, si muero en batalla, muero con dignidad. ¿No recuerdas lo que el maestro nos dijo? Si nos morimos luchando por Huitzilopochtli, él nos llevará a

viajar con el sol por cuatro años. Entonces regresaremos a la Tierra convertidos en colibríes para vivir siempre entre las flores en absoluta paz y armonía.

El instructor dio la señal soplando un caracol guerrero. Los estudiantes levantaron las armas de práctica y comenzaron a hacer escaramuzas con las espadas y los escudos de madera. Para el estilo de combate mexicatl en el cual los reflejos eran más importantes que la fuerza bruta, Mázatl era uno de los mejores (White, 1971, p. 115). Tenía una habilidad natural que su amigo no poseía. Mázatl era de piernas muy rápidas y podía maniobrar las armas como un guerrero con muchos años de experiencia. Miquiztli era más grande pero más torpe que Mázatl, con más fuerza pero menos técnica y habilidad. Las armas de los mexica eran muy ligeras, pero se requería de gran destreza para el manejo de las mismas.

Mázatl dominaba a su amigo moviéndose de un lado al otro y golpeando las piernas de él con la espada de madera. Le asestó un golpe en el tobillo y lo tumbó. Miquiztli se levantó rápidamente, ignorando el tremendo dolor que sentía en el tobillo que se empezaba a hinchar. Mázatl fingió darle otro golpe en las piernas y Miquiztli bajó el escudo. Mázatl giró rápidamente y subió la espada de madera de nuevo golpeándole la cabeza, golpe que le produjo una profunda cortadura arriba de la ceja. Entonces Miquiztli golpeó dos veces el escudo de Mázatl, tan fuertemente, que la primera vez le hizo retroceder, y con el segundo golpe, le rompió en pedazos el escudo.

El instructor los llamó. Se llamaba Iztahkuatl cuyo nombre significa, Águila Blanca. Era uno de los Campeones Águilas más temidos de México. No era alto sino muy grueso y musculoso con un enorme pecho y extensa espalda. Tenía un

rostro ancho y bien definido con una nariz aguileña y una mandíbula enorme con dientes muy grandes y blancos. De sus orejas colocaban aretes hechos de huesos que le llegaban hasta los hombros. También llevaba un collar hecho de huesos. Sus uñas largas parecían garras. No las cortaba sino todo lo contrario las afilaba diario y trataba de fortalecerlas más aplicándose una crema de color verdoso que él mismo preparaba con la unión de ciertas hierbas que sólo los Guerreros Águilas conocían. Pócima que le funcionaba a la perfección, pues las uñas del guerrero eran verdaderas dagas, capaces de abrir las entrañas de cualquier bestia.

Los dos muchachos se le acercaron rápidamente, pero con miedo. Tantas veces les había castigado pinchándoles los cuerpos con espinas de nopal o disparándoles flechas de madera que causaban tanto dolor, que tardaban días en recuperarse.

-¡Ustedes dos están listos! Me van a acompañar a la batalla en dos días.  
¿Entienden lo que esto significa?

-Sí señor-respondieron al mismo tiempo.

Esas palabras, eran las que Mázatl había estado esperando por mucho tiempo, su corazón estaba lleno de gozo. Sintió de repente toda la fuerza del cosmo dentro su pecho y pensó que si se convirtiera en un guerrero muy respetado, se ganaría el derecho de hablar y poder decir entonces todo lo que pensaba sobre los hombres blancos, podría por fin defender su raza.

-Hoy es un día glorioso para mí, no me importan las labores que tenemos que hacer después del *Calmecac*, con gran gusto hoy limpio la escuela, recojo la leña para quemar en los templos y las espinas de maguey para hacer la

penitencia, o hago las reparaciones de la escuela (Chavero, 1953, p. 253). Si podemos terminar antes de oscurecer, Miquiztli y yo vamos a las canchas de *tlachtli*. Es nuestra fascinación.

*Tlachtli* es un juego agotador que nos sirve de ejercicio para la guerra. A mí me encanta jugar. Hay que ser uno de los mejores para poder jugar delante del pueblo durante las ceremonias. Los espectadores apuestan mucho, hasta su propia libertad. Si uno pierde demasiado, y no tiene suficientes recursos para pagar, se hace esclavo del ganador.

Usamos una pelota de goma que representa el sol. La cancha, que representa los cielos, es en forma de una I con un templo en cada lado. Los uniformes son de algodón y cubren casi todo el cuerpo hasta las caras (Caso, 1953, p. 103). Los dos lados son representados por las partes de arriba y de abajo de la I. Para anotar puntos, hay que pasar la pelota al lado del otro equipo usando sólo las rodillas, las caderas, los muslos o los codos. Para ganar, hay que anotar más puntos, o meter la pelota por uno de los arcos que están colocados en cada lado de las paredes laterales en el medio de la I. Si un equipo mete la pelota por el arco, gana automáticamente. Se necesita mucha resistencia y rapidez para jugar, pero más que nada, se necesita estar dispuesto a defender el territorio a toda costa (White, 1971, p. 116).

Al escoger a los jugadores, sucedió que Mázatl fue seleccionado para jugar en el mismo equipo que Miquiztli. Practicaban juntos todos los días y ya tenían la reputación de ser unos de los mejores para su edad. Sabían donde iban a estar en la cancha en todo momento.



El día era perfecto, hacía muy poco viento y el calor estaba moderado. Se colocaron en el medio de la I, hicieron una reverencia a sus dioses e inmediatamente dieron inicio al partido. Mázatl controlaba la pelota desde el comienzo con las rodillas, avanzando rápidamente hacia el territorio enemigo, cuando de repente un muchacho del otro equipo le pateó la espinilla tumbándolo al suelo. La pelota rodó hacia el medio del campo cuando Miquiztli, que corría detrás de Mázatl, se arrojó al suelo para pegarle a la pelota con la cadera. La pelota rodó a la cancha del otro equipo hasta la parte superior de la I, anotando el primer punto del juego.

Pusieron la pelota otra vez en el medio para empezar de nuevo. Esta vez el otro equipo comenzó a controlar la pelota y avanzaron, pasándola de uno a otro sin que la pelota tocara el suelo, usando sólo las rodillas y caderas. Estaban por anotar un punto cuando Miquiztli interceptó la pelota, avanzándola hasta el medio de la cancha, donde la hizo rebotar contra la pared con la rodilla, casi metiéndola en el arco. La pelota rodó hacia el lado del otro equipo mientras Mázatl y un muchacho del otro equipo la persiguieron unos pasos atrás. Mázatl apenas llegó primero y metió la pelota en la portería con el muslo para anotar otro punto.

Después de comenzar de nuevo, el otro equipo controló la pelota y avanzó de nuevo, sólo para ser rechazado otra vez delante de la portería por Miquiztli que golpeó a un jugador con todo el cuerpo, haciéndolo rebotar contra la pared. Producto del impacto, el muchacho quedó inconsciente, por lo que fue arrastrado fuera de la cancha por dos hombros y continuaron jugando. El otro equipo no anotó ningún punto ese día.

Esa noche Máztatl y Miquiztli salieron otra vez por la noche rumbo al alojamiento de los españoles. Esta vez, aparte del agua, Máztatl trajo maíz para el caballo de color castaño. Bajaron de la canoa en las aguas bajas, dejándola en el último escalón de la escalerilla de cinco escalones, esta vez atracaron en el desembarco que se dirigía directamente hacia los caballos. Miquiztli se quedó atrás vigilando la entrada del palacio.

Adentro la pequeña capilla los españoles se preparaban para la misa. El Padre Olmedo apenas comenzaba, cuando de repente entraron los capitanes españoles con doce soldados. Se le acercaron a El Conquistador que estaba sentado en la primera fila con Doña Marina, y le pidieron que los acompañara afuera. Allí comenzaron a discutir ante la presencia de El Conquistador.

-Todos vosotros por amor divino avivaos, no es tiempo que nos detengamos a oír más cosa alguna de estos salvajes del demonio advirtió el Capitán Velázquez. En una palabra os los diré—es la hora de atacar, enarbolad vuestras espadas e ir contra estas criaturas de mal antes de que nos encierren en la ciudad, pues para luego será tarde y verán vuestras mercedes que no tendremos la menor oportunidad de escaparnos de tan maligno lugar. No os pongáis tontos en demasía os los he repetido, vosotros sabéis que las calzadas de la ciudad nos pueden ser cortadas fácilmente impidiéndonos la salida.

-Sabed vuestras mercedes de una vez todo lo que hay acerca de estos salvajes sin almas-agregó Alvarado con una fuerte y terrorífica voz. Lo que he visto es estremecedor y sin faltar a la verdad puedo deciros, que estos indios son como autómatas sin voluntad propia que siguen las órdenes de Moctezuma sin pensar, por creer que es, el intermediario entre ellos y sus dioses del demonio.

Me atrevo a afirmaros que sólo esperan las órdenes de su emperador para arremeter contra nosotros sin piedad. Recordad caballeros que no estamos frente a tropas de papel pintado, sino ante bestias del mal. Tenemos que obrar ahora mismo y matar a los diablos. ¿Por qué hemos de esperar lo inevitable?

-Estoy de acuerdo con vuestra merced-dijo Ordaz. ¿Pensad qué pasaría a nuestros pobres cuerpos mortales si sus dioses dicen a Moctezuma que nos maten esta misma noche, y nuestras almas se perderán eternamente sin poder encontrar el camino hacia Nuestro Señor Jesucristo? Qué pasará con ellas al morir fuera de gracia divina en esta tierra de perdición?

-Hablad algo Capitán Sandoval. ¿Qué opináis vos sobre tal asunto?- preguntó El Conquistador. Os pregunto por que sois el único que no habéis dicho nada. Hablad libremente y sin rodeo alguno.

Detrás de la barba castaña clara que cubría las mejillas de Gonzalo de Sandoval, se escondía en realidad un rostro de joven guerrero de sólo veinte y cuarto años de edad, el más joven de los capitanes. A pesar de su edad, aparentaba frente a sus soldados a través de su mirada fiera y decidida transmitía a sus soldados la experiencia de un caballero de muchas guerras. No era muy alto sino grueso con una espalda muy ancha. Como todos los capitanes era un jinete sobresaliente (White, 1971, p. 60)

-He de deciros mi Capitán General, que cada una de las ponencias que habéis vuestra merced escuchado, tienen gran acierto de verdad y lógica, y ante tan evidente verdad no hay nada que pueda yo agregar-respondió Gonzalo de Sandoval. (Díaz del Castillo, 1983, p. 178-179).

Los capitanes españoles continuaron hablando todos al mismo tiempo, hasta que El Conquistador puso fin a la discusión.

Hacedme mucho placer de callaros—dijo El Conquistador. Me tiene suspenso todo cuanto me habéis dicho.

Empezó a meditar, paseándose lentamente en medio de sus capitanes, mirando el suelo, con una mano en la cintura y la otra acariciándose la barba. Luego de unos breves espacios de tiempo, se volvió a sus capitanes y con su voz determinante exclamó.

-¿Qué pensáis vosotros? Imagináis acaso que duermo envuelto en placeres y libre de la angustia que os acosa a vosotros cada segundo del día? Abrid vuestros sentidos, despertaos, no podéis vosotros daros el gusto del miedo. Antes bien portaos astutamente y pensad que haríais vuestras mercedes para desarticular tan grande orgía del mal, sin poner nuestras vidas en total peligro mortal. Pensad todos y traed a vuestras mentes un temible enjambre de abejas, que pronto os atacarán. ¿Qué podéis hacer vosotros antes de que los enemigos ataquen vuestras carnes a piquetes y os priven de la vida? Si vuestras mercedes pensáis con calma, veréis que la respuesta a clara vista está. ¡Capturad a la reina! Pues bien caballeros, nosotros capturaremos a Moctezuma, es la palabra apropiada que describe tal menester. Teniendo la cabeza, tendremos a nuestra merced todos los miembros. Esta razón es porque el mal que a la cabeza toca, ha de tocarle al cuerpo. Pero la labor no termina con esto, habremos marcado tan sólo el inicio de un camino sin retorno. Pues toca después animar al emperador Moctezuma a informarnos donde está lo que aviva el poder de España, el tesoro. Una vez descifrado tal misterio, se hará el tiempo de canjear la vida del

emperador indio por el oro. Aprobado tan oportuno cambio, vuestras mercedes y yo emprenderemos viaje de retorno a la madre patria, llevando con nosotros gloria, honor y riqueza (Gómara, 1964, p. 168)

-Disculpadme mi osadía Capitan General, pero os ruego que miréis la realidad. ¿Qué posibilidad tenemos de llevar a cabo hazaña tan atrevida como es la de capturar a un gran emperador en su propio palacio?-preguntó Cristóbal de Olid. Recordad que Moctezuma tiene más de 200 soldados a su guardia, velando a este hombre en tiempo de sol y luna, que habitan en los aposentos al lado de el suyo. ¿Cómo podremos hacer tal cosa sin llamar la atención de ellos? Ésto es un suicidio. Propongo regresar a España con el oro que ya encontramos, que todos sabemos es bastante.

-¡Callaos! Os advierto que debéis tener cuidado con las palabras que queréis proferir en el futuro, o os puede costar caro. No sos vos quien vendréis a imposibilitar la gloria de España por no ser caballero, ni intentarlo ser, pues no tenéis el valor de luchar por el señorío de vuestra patria. Entended todas vuestras mercedes que los ánimos en las almas naturales de estos indios nunca estarán quietos, por salvajes ser, por tal razón es menester nuestro tener entendimiento para saber conducirnos como caballeros de valor y acierto. Estar dispuestos a defender nuestra honra en cualquier acontecimiento que se nos presente, que seguro estoy que un día hará gloria, y puedo a vuestras mercedes jurar que éste que ahora nos ha acontecido es vuestro momento y el mío propio, sujeto a mil peligros y desventuras, pero con la fe en nuestro Señor serán la cosecha de la victoria y la grandeza. Si huyéramos ahora, todo lo hemos hecho

ya, vano sería. Poniendo aún más énfasis a sus palabras y alzando las manos al aire El Conquistador agregó.

-Con todo esto, hago saber a vuestras mercedes que hemos de conquistar esta nueva tierra en nombre de Dios y nuestro rey. Regresaremos a España, pero una vez que nuestros baules estén rebosantes de oro y después de haber cumplido con el trabajo que Dios nos ha encomendado a hacer. Tenemos que convertir a estos demonios en cristianos. Además no olvidéis vuestras recompensas si vosotros mantenéis la lealtad que habéis jurado a España, ¡EL ORO!

¿Entendéis?-concluyó El Conquistador.

Afuera, los muchachos observaban el enorme animal, que comió todo el maíz y tomó un poco del agua de la olla.

-¿Sabes qué?-dijo Mázatl en voz muy baja a su amigo. Yo quiero montar a este caballo como hacen los extranjeros y volar como el viento.

Mázatl comenzó a frotar el costado del animal, diciéndole al caballo lo siguiente.

-Así te voy a llamar, *Ehecatl*, el viento. El caballo levantó la cabeza rápidamente haciendo honor a su nuevo nombre, pero esta vez Mázatl no se asustó. Se colocó delante del animal, y lo miró a los ojos.

-Tú y yo vamos a ser buenos amigos. Te voy a cuidar y alimentar mejor que tu dueño. Todo lo que te pido es una leal amistad.

De repente los chicos oyeron un ruido que venía del palacio y se escondieron otra vez entre los caballos. Pasaron unos españoles cerca de ellos para colocar dos cañones a la entrada.

-¿Qué son esas cosas?-suspiró Miquiztli.

-Son las armas de los blancos. De ellas salen fuego y relámpagos. Pueden matar a veinte hombres a la vez.

Entonces Miquiztli vio a unos indios corriendo hacia el palacio.

-Mira, Mázatl.

-¿Quiénes son?

-Son los tlaxcalteca, los traicioneros.

Adentro del palacio, los tlaxcalteca avisaron a El Conquistador de un levantamiento en la Villa Rica de la Vera Cruz. Un grupo de agentes de Moctezuma, habían asesinado al representante de El Conquistador, Juan de Escalante. También, mataron su caballo y a seis soldados. El Conquistador y sus capitanes llegaron a la conclusión que aún cuando pudieran escapar de Tenochtitlán, no habría lugar donde refugiarse. (White, 1971, p. 204)

## Capítulo 3

# La llegada de los conquistadores

El 21 de abril de 1519 los primeros conquistadores de la expedición desembarcaron en la isla de Cozumel. Pedro de Alvarado llegó antes que El Conquistador quien estaba demorado por una tempestad.

Al ver a los invasores, los indios corrieron y se escondieron en la jungla. Pedro de Alvarado y las tropas saquearon la ciudad. Sin embargo, cuando llegó El Conquistador, regañó a Alvarado delante de todos y les explicó que tenían que ganarse diplomáticamente a los indígenas y sólo usarían la fuerza cuando fuera absolutamente necesario. Entonces mandó comida y regalos a los indios, animándolos a regresar a su pueblo. Así El Conquistador hizo sus primeros aliados y a la vez demostró a los soldados quien mandaba. En total, la expedición consistía en quinientos cincuenta hombres, diez y seis caballos y diez cañones (Díaz del Castillo, 1983, p. 41).

En esta isla conocieron a un indio que hablaba algunas palabras de español. Cuando le preguntaron dónde había aprendido el español, dijo que había adquirido el conocimiento del castellano por dos hombres blancos que habían llegado antes que ellos. Fueron Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, los únicos sobrevivientes de un barco que había naufragado hacía ocho años. Desde entonces han vivido entre los nativos y adoptado sus costumbres, ropa y comida. Gonzalo Guerrero se casó con una de sus mujeres y ya tenía tres hijos con ella. Por eso, cuando El Conquistador mandó a algunos



indios mensajeros por ellos, sólo llegó Aguilar, que se convirtió inmediatamente en el intérprete de El Conquistador (Díaz del Castillo, 1983, p. 43-44).

Antes de salir, El Conquistador hizo tumbar todos los ídolos y erigir una cruz y la imagen de la Virgen María con su Hijo en brazos en su lugar. Entonces El Conquistador ordenó a sus soldados que obligaran a los indios a juntarse ante la nueva imagen recién colocada, iniciando su discurso.

-Si vosotros deseáis ser nuestros hermanos en Cristo, tienen que daros cuenta y aceptar que engañados habéis vivido hasta aquí. En verdad os digo que los ídolos que vosotros alabáis, no son dioses sino diablos, que les engañan para robarles vuestras almas y salvación, condenándoles eternamente al suplicio del fuego infernal-proclamó El Conquistador (Gómara, 1964, p. 33-34).

El Fraile Olmedo que estaba al lado de El Conquistador, levantó una cruz de madera hacia el cielo mientras Aguilar interpretaba el mensaje.

-Esta santa cruz que ante vuestros ojos está, es el umbral a la vida eterna, paraíso celestial al cual están llamados todos los conversos del pecado y ahora hijos de Dios-dijo el padre. Todo cuanto existe y fuera contrario a las leyes de la Santa Iglesia de Cristo, maldito es, y castigo sin clemencia caerá sobre todos aquellos que osan habitar dentro de canales de sombra. No son estas amenazas bestiales, sino palabras proféticas, que en caso que os neguéis atender, en vuestros cuerpos y espíritus el castigo caerá. Pero el converso después de penitencia, salvado será de avanzadas tribulaciones. Convertidos y dejad que el Santo Espíritu entre en vuestros corazones y veréis con júbilo como nuestro Dios bendice vuestra lealtad para con él y les dará buenas cosechas, salud y felicidad. Alabad solamente esta cruz que representa la misma en que murió el

hijo de Dios por la salvación de nuestras almas. Aceptad estas palabras como única verdad en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y vuestras almas serán salvadas (Díaz del Castillo, 1983, p. 45).

Unos días después, Moctezuma recibió un mensaje sobre el desembarco de los extranjeros. El mensajero entró en el salón del emperador, se arrodilló y besó la tierra. Dio un paso adelante y repitió el ademán. Entonces hizo lo mismo una vez más y esperó hasta que Moctezuma indicara a un Guerrero Águila que tomara las hojas secas de maguey con símbolos jeroglíficos que el mensajero llevaba en la mano. Una hoja tenía imágenes de los barcos y los jinetes. Otra tenía los soldados y los cañones. La tercera tenía un retrato del líder, El Conquistador (Chavero, 1953, p.406).

-¡Quetzalcóatl!-exclamó el emperador con una mirada de horror en la cara.

-Ya he visto lo suficiente-dijo el emperador al mensajero. ¡Retírate!

Entonces el mensajero repitió el gesto de besar la tierra tres veces, pero esta vez, retrocediendo cada vez que besaba el suelo. Un metro antes de llegar a la salida, se volvió y empezó a caminar por el umbral cuando de repente escuchó un grito de Moctezuma.

-¡Alto! ¡Alto he dicho!, ¿No te enseñaron a respetar al emperador más poderoso de la Tierra. Que atrevido eres al voltear tu espalda hacia mí.

¡Ahorquen al perro!

Dos Guerreros Águilas le agarraron de los hombros y lo llevaron hacia afuera para cumplir las órdenes del emperador.

El Conquistador y sus hombres siguieron el camino sobre la costa rumbo norte, derrotando a varias tribus de Tabasco. Los indios pelearon valientemente matando a dos de los españoles pero ellos les asustaron con sus cañones de los que salían enormes bolas de fuego. Los caballos causaban a los indígenas igual terror. Después de tres días de combate los conquistadores les vencieron. Como ofrenda a los dioses blancos, les regalaron veinte indias jóvenes, entre ellas se destacaba una muchacha muy bonita y lista. Se llamaba Malitzin, poco después conocida como la Malinche, que quiere decir, “la traicionera.” Sus padres fueron Cimatl y Tenepal, los gobernadores de Oluta y Jaltipan. Cuando era niña, su padre se murió. Cuando su madre se casó de nuevo, la vendió como esclava a los *pochteca*, la niña tan solo tenía diez años de edad, lo hizo para que su hijo del nuevo matrimonio pudiera heredar todas las riquezas de la familia. Pasó de amo a amo, tribu a tribu, aprendiendo todas sus lenguas, hasta que fue vendida a una tribu de Tabasco. Aprendió a comunicarse en el español en unos meses y con sus conocimientos de la lengua maya y el náhuatl que ya tenía, se convirtió en la intérprete principal y amante de El Conquistador y desde entonces siempre estaba a su lado. Fue la primera india en ser bautizada en el Nuevo Mundo. Su nuevo nombre cristiano fue Doña Marina (Díaz del Castillo, 1983, p. 50-61).

Siguieron hacia el norte hasta que llegaron a la hermosa playa en la Tierra Caliente, después nombrada la Villa Rica de la Vera Cruz donde construyeron una fortaleza. Durante la estancia en Vera Cruz, el líder español se hizo amigo de otra tribu de afables indios, los totonaca. Le informaron a El Conquistador de

las riquezas incontables que encerraban los templos de Tenochtitlán, y de los abusos que los mexica habían cometido contra ellos (Díaz del Castillo, 1983, p. 72).

En la Villa Rica de la Vera Cruz, El Conquistador escribió la primera carta al rey Don Carlos V, describiendo las riquezas del imperio mexicano y las numerosas batallas sucedidas entre diferentes ejércitos indígenas y ellos. Con esta primera carta de relación, El Conquistador envió más del quinto del quinto correspondiente al rey entre otros regalos. Éste fue un envío directo al rey, rompiendo así el pacto que había hecho con Velázquez, el gobernador de Cuba, al cual había prometido usar como intermediario para hacer llegar el tesoro a Don Carlos V (Gómara. 1964, p. 87-89).

La expedición iba perfectamente bien hasta que algunos soldados comenzaron a quejarse de las condiciones en que la expedición se realizaba y que extrañaban a sus familias, poniendo ambas razones como pretextos para regresar a Cuba. Otros se enfermaron por la comida. Otros simplemente se acobardaron. Al escuchar tantas quejas El Conquistador dio la orden de quemar los barcos para que nadie pudiera regresar hasta que llevaran a cabo su deber.

El 16 de agosto de 1519 los españoles salieron de la Vera Cruz con cuatrocientos soldados, seis cañones, mil trescientos totonaca al mando de El Conquistador y diez y seis caballos para Tenochtitlán. El Conquistador dejó a Juan de Escalante, hombre de valor y probada conducta, encargado de ciento cincuenta soldados y de la fortaleza. Pero no se dirigieron directamente a Tenochtitlán. Primero, tuvieron que pasar por la tierra de los tlaxcalteca (Clavijero, 1964, p. 312).

En el camino hacia Tlaxcala, el ejército creció cuando conocieron a más tribus que querían ser liberadas de los mexica. El Conquistador les prometió libertad y protección a cambio de su alianza (Díaz del Castillo, 1983, p. 105).

Entre la tierra de los tlaxcalteca y los totonaca había un gran muro hecho de piedras que dividía Tlaxcala con el estado totonaca. Había una abertura de 15 metros por la cual iban y salían. Después de entrar por la abertura, el ejército español y sus aliados totonaca se encontraron en terreno montañoso y lleno de pinos (Clavijero, 1964, p. 315).

El Conquistador mandó un mensaje con un corredor totonaca a los caciques tlaxcalteca. Cuando recibieron el mensaje, decidieron comenzar la defensa de su ciudad en el valle que separaba las cordilleras.

Los españoles salieron de los bosques con solamente algunos soldados a pie, El Conquistador primero. Los demás soldados españoles y sus indios aliados esperaban en las montañas, camuflados e imperceptibles por los pinos. Los españoles que se quedaron en la montaña, apuntaron los cañones sobre las cabezas de sus camaradas, hacia el ejército tlaxcalteca que se adelantaba al terreno pleno con todas sus fuerzas de treinta mil hombres, los que se pusieron en filas, una tras otra, formando una impresionante pared de guerreros. Comenzaron a tocar los tambores lentamente y después las flautas de las que emanó un suave silbato.

El Conquistador se detuvo algunos cien pasos delante de los guerreros indios que también dejaron de avanzar. Entonces El Conquistador comenzó su discurso, con Doña Marina de intérprete.

-Escuchadme con atención. Les pido de buenas maneras y en paz me permitáis la entrada en vuestra ciudad. Nuestro trajín ha sido arduo y tedioso. Mis soldados están verdaderamente fatigados, precisan de un lugar para descansar y un poco de alimento con que aplacar el hambre. Entended vuestras mercedes que no queremos ser vuestros enemigos, sino antes bien vuestros aliados y hermanos en Cristo, quien profesamos es el único Dios verdadero, amo y señor absoluto de la verdad y de todo cuanto en el mundo existe. Pretendo enseñaros la verdad que a vuestros ojos ha estado vedada, producto del pacto que tenéis con esos ídolos del demonio. Renunciad a ellos y prometed alabanza y lealtad a mi Dios, y seré con vosotros clemente, protector, y les liberaré del yugo mexicana que Moctezuma les ha impuesto.

El Conquistador hizo una pausa algunos momentos mientras Doña Marina interpretaba.

Apenas Doña Marina hubo terminado de traducir las últimas palabras, cuando éstos apuntaron sus flechas y lanzas en dirección a El Conquistador, que exclamó.

-¡Arrepentidos, desdichados, pensad en los infiernos y no os alcéis contra mí, obedeced lo que ahora les he solicitado en buena ley! ¡De ser vuestra respuesta contraria, juro en el nombre de Dios Cristo y del Rey de España, Don Carlos V que con implacable rigor sacrosanto entraré por la fuerza y acabaré con vosotros con sombríos tormentos, para haceros arrepentir de vuestra herejía! ¡Ninguno vivo quedará! ¡Además ...!

El discurso fue interrumpido por los gritos y ruidos parecidos a águilas y jaguares que hacían los tlaxcalteca. Los tambores se escuchaban más y más fuerte.

-Además convertiré a sus hijos y mujeres en mis esclavos. Todos vosotros tan sólo seréis víctimas infames de la cólera que a través de nuestras espadas Dios hará caer sobre vuestras cabezas-concluyó El Conquistador.

Este comentario fue traducido y los tlaxcalteca se enojaron más, y dirigieron gritos y señales de desafío hacia los españoles. Fue entonces cuando El Conquistador gritó.

-¡Santiago!

En seguida se escuchó el estallido de los cañones. Las bolas de fuego volaron arriba de las cabezas de El Conquistador y de los demás soldados que a su lado se encontraban, alcanzando a los tlaxcalteca. Las primeras filas cayeron totalmente convertidas en huesos rotos y sangre. Los guerreros en las filas traseras cayeron también a causa de la explosión pero se levantaron rápidamente y corrieron hacia los españoles. El Conquistador montó a su caballo y se dirigió hacia los tlaxcalteca, en medio de los capitanes y los soldados. De repente el resto de los jinetes salió del bosque montañoso a máxima velocidad, seguidos por los perros, y el resto del ejército. Los jinetes alcanzaron a los tlaxcalteca y los atropellaron con sus caballos. El resto de los tlaxcalteca los atacaron furiosamente, matando a algunos de los totonaca, rompiendo fácilmente los caparazones de tortuga que usaban como escudos. Los jinetes decapitaron a diestra y siniestra mientras los perros destrozaban las piernas de los tlaxcalteca que yacían en el suelo. Al ver a los jinetes, algunos de los tlaxcalteca empezaron

a retirarse del campo de batalla, atemorizados, creyendo que los caballos y los jinetes eran una sola bestia. Los valientes tlaxcalteca que se quedaron para pelear, batallaron por horas valientemente, tratando de cortar las líneas de comunicación entre los españoles. Luego intentaron a rodear a los españoles, pero ellos siempre pudieron reorganizarse y utilizar tácticas militares precisas que los dejaron tomar ventaja de sus armas superiores. Los soldados españoles recargaban los arcabuces y las seis escopetas mientras los ballesteros lanzaban las flechas(Cortés, 2000, p. 98). Los tlaxcalteca mataron a muchos totonaca, a dos caballos, a unos pocos españoles, e hirieron a muchos más.

El Conquistador, después de haber ganado la batalla, mandó a que fueran enterrados los cuerpos de los soldados caídos muy profundamente para impedir que los tlaxcalteca los encontraran y así siguieran creyendo que ellos eran dioses. (Prescott, 1843, p. 317- 319).

Durante la misma noche el cacique de los tlaxcalteca tomó la decisión de tomar por sorpresa a los invasores, pensando que los españoles, exhaustos de viajar y pelear, estarían descansando. El Conquistador se desveló esa noche y puso guardias alrededor del campamento. Cuando los centinelas vieron a los indios acercándose a gatas por las milpas, regresaron al campamento, en silencio, y despertaron a los soldados que dormían con sus armaduras y las armas a un lado.

Los perros comenzaron a ladrar y los españoles los soltaron. Los encarnizados animales sedientos de sangre corrieron hacia las milpas, llegando hasta los tlaxcalteca que se levantaron, y corrieron hacia los españoles. Los perros les mordían las piernas impidiéndoles el paso. Los que no batallaban con



los perros siguieron adelante. Pero antes de llegar al campamento español, los tlaxcalteca pararon por unos breves instantes para colocar y disparar algunas flechas que no lograron penetrar la armadura de hierro de "los dioses". Los españoles los atacaron con furia implacable y la noche se hizo una eternidad para los guerreros indígenas, para los cuales la muerte era su única salvación. Al despuntar el alba no quedaba ni un sólo indio vivo en el campo de batalla. Nuevamente los españoles eran victoriosos.

Al día siguiente, los caciques tlaxcalteca se rindieron y se hicieron aliados de El Conquistador, poniendo a su servicio todo cuanto en la ciudad había incluyendo los cuarenta mil habitantes. Los tlaxcalteca proporcionaron a los conquistadores todos los víveres necesarios para que continuaran con su marcha hacia el interior. Además les sirvieron de guía, puesto que conocían perfectamente bien el terreno entre Tlaxcala y Tenochtitlán. Eran aliados muy importantes para los españoles, por el entrañable odio que por los mexica sentían. Le dijeron a El Conquistador que los mexica controlaban todas las ciudades y aldeas que rodeaban tlaxcala y les prohibían que les vendieran sal, cacao y otros recursos a los tlaxcalteca. Le advirtieron a El Conquistador del poder de Tenochtitlán y que nunca depositara su confianza en Moctezuma (Gómara, 1964, p. 122-123).

Durante su estancia en Tlaxcala, los españoles recibieron una invitación de los representantes de Moctezuma para llegar a su provincia de Cholula, un pueblo de ocho mil habitantes, que estaba poco fuera del camino hacia Tenochtitlán. Los españoles aceptaron aunque los caciques tlaxcalteca les advirtieron del peligro que corrían al aceptar tal invitación. El Conquistador les dijo que lo más

peligroso era mostrarle miedo a Moctezuma en ese momento. Con su ejército reforzado por seis mil tlaxcalteca, empezaron la subida hacia la ciudad de los cholula, que quedaba en las llanuras elevadas al lado opuesto de los volcanes Popocatepetl y Ixtaccíhuatl de Tenochtitlán. Los chololteca eran vasallos de los mexica y sus protegidos. Cerca de la ciudad, El Conquistador ordenó a los aliados indios que acamparan a ambas orillas del último campo de las cosechas de maguey que rodeaban la ciudad, y que esperaran allí hasta que oyeran un balazo y sólo entonces entraran en la ciudad (Gómara, 1964, p. 123-124).

Al entrar en la ciudad, los españoles fueron bien recibidos con una gran ceremonia. Los chololteca salieron de la ciudad tocando las trompetas y los tambores, con los sacerdotes cantando delante del grupo (Gómara, 1964 p. 125). El Conquistador se dio cuenta que algunas de las salidas de las calles estaban cerradas con barricadas. Pero aun así El Conquistador les sonrió a los chololteca y les dirigió una mirada muy tranquila mientras desfilaban por toda la ciudad. Había trescientas plazas y el *teocalli* estaba en el centro de la ciudad como en Tenochtitlán. Cuando llegó al medio del *teocalli*, El Conquistador bajó del caballo de color castaño oscuro, y quedó asombrado por unos momentos, mirando hacia la parte superior de la Gran Pirámide. Tenía cuatro mil cuatrocientos metros cuadrados de ancho y cincuenta y seis metros alto, la más grande del Nuevo Mundo. La entrada tenía la forma de una enorme boca de la Serpiente Emplumada.

-¡Dios mío que en los cielos estáis!-exclamó El Conquistador con una mirada perdida muchas leguas más allá a través de los muros dentro de los que se encontraba.

-¿Qué os pasa Capitán General-le preguntó Jerónimo de Aguilar?-al ver su extraña reacción.

-Vuestra merced no podría dar crédito a cosa alguna si os dijera que me pasa. No sé como lograr explicarme ésto. La impaciencia de mi espíritu en este lugar me abrume. Vinome a mi mente como ráfagas de luz de diáfana claridad esta misma imagen, pero salida de otro tiempo, de otra vida. Es una sensación que nunca antes he sentido. Se perdió nuevamente en sus temores por unos segundos más y luego dijo nuevamente a Jerónimo de Aguilar.

-¡No! No deis importancia a mis palabras que erróneas es posible sean, y este sentimiento no es sino el recuerdo de una de mis negras pesadillas que aun despierto me roban la calma. Pero lo que me hace sentir este lugar es lo que menos ha de importarme en estos momentos. Antes bien olvidad vuestra merced esta absurda conversación que no nos ha dejado ni nos dejará provecho alguno, os lo aseguro.

Los chololteca hospedaron y alimentaron a los españoles los primeros días. Para el tercer día, El Conquistador se despertó con mucha hambre, y como de costumbre esperaba impaciente el desayuno que nunca llegó ese día, cuando de repente apareció Doña Marina.

-¡Don Hernán! Debo decir algo de gran premura.

-Hablad de una buena vez mujer de Dios, y decidme ¿Qué os ha acongojado de tal forma? Aunque por vuestro rostro deduzco que algo malo ha de ser (Gómara, 1964, p. 126-127).

-Mi Señor, una vieja mujer que de mí toda confianza tiene, aviso me ha dado, que algunos mexica escondidos se encuentran en las casas en que vuestros

soldados se hospedan, y en las barrancas alrededor de la ciudad, con buen propósito no ha de ser.

-¿Qué me habéis dicho? No doy crédito a la osadía de estos salvajes-replicó El Conquistador.

-Pero Don Hernán, aún no he terminado de contaros.

-¿Es qué aún hay algo más que escuchar?

-Sí Mi Señor, los mexica han cavado hoyos en el camino principal, los que han cubierto con esteras de caña luego de haber colocado estacas puntiagudas adentro. Es una trampa para matar a los caballos, Mi Señor.

Luego de haber escuchado el relato de Doña Marina, El Conquistador llamó a sus capitanes inmediatamente, y tomó la decisión de empezar la ofensiva. Primero capturó al cacique principal, teniéndolo ya bajo su poder, ordenó a sus capitanes que arrestaran a los consejeros y nobles, y que los trajeran a su presencia. El Capitán General montó a su caballo de color castaño oscuro y les explicó que habían cometido alta traición contra la Madre España y contra Dios, y por eso, iban a ser castigados. Apenas hubo terminado sus palabras, ordenó a sus capitanes que les dispararan a todos, comenzando la masacre. Los tlaxcalteca entraron en la ciudad y asesinaron a cada chololteca que podían encontrar, matándolos con pasión violenta, saqueando y después quemando las casas, y capturando prisioneros por toda la ciudad. Después de cinco horas de masacre, El Conquistador dio la orden que detuvieran la matanza pero no pudo controlar a los tlaxcalteca. Algunos ya estaban en el camino hacia Tlaxcala llevándose algodón y prisioneros mientras los demás seguían persiguiendo a sus víctimas (Gómara, 1964, p. 129).

Los chololteca que pudieron alcanzar una arma pelearon ferozmente hasta el fin. Los tlaxcalteca acorralaron a los únicos sobrevivientes en la plaza principal que habían subido a la pirámide principal de Quetzalcótl. Los tlaxcalteca los siguieron hasta la cumbre donde juntaron leña y pusieron fuego a las torres arriba de la pirámide quemándolos vivos. Unos seis mil chololteca murieron en la masacre. Es ese día, el pueblo de Cholula fue convertido en un desierto que nunca más recuperaría su gloria (Díaz del Castillo, 1983, p. 143-151).

Después de la victoria, siguieron caminando hacia su destino sin graves problemas. Tuvieron que atravesar la cordillera nevada, entre los dos volcanes antes de descender al valle de México. El Conquistador mandó a diez soldados a explorar uno de los volcanes, Popocatépetl. Durante el ascenso, de repente uno de los volcanes entró en erupción. Se escuchó como el estruendo de quinientos cañones disparados a la misma vez, la tierra tembló, como si estuviera convulsionando del inmenso calor que emanaba del volcán, del cual empezó a salir gran cantidad de lava, que se deslizaban sobre sus faldas como un inmenso mar de fuego que se acercaba a la vanguardia rápidamente. El calor era intenso, los hombres desesperados no tenían adonde moverse y ya les era casi imposible mantener el equilibrio, sentían sin remedio que ése era ya su fin. Fue entonces que encontraron repentinamente refugio detrás de una inmensa roca en forma de cueva, que rechazó el mar de fuego que sobre ellos caería. Este acontecimiento reafirmó la creencia de los indios que en verdad los invasores eran dioses (Gómara, 1964, p.131-132).

Por todo el camino, desde la Villa Rica de La Veracruz, los embajadores y mensajeros de Moctezuma le traían regalos y lingotes de oro a El Conquistador,

pidiéndole que se conformara con los regalos y que desistiera de seguir su marcha a Tenochtitlán, pero ya era demasiado tarde (Gómara,1964, p.59-60).

El 8 de noviembre de 1519, los españoles llegaron al puente-camino del sur de Tenochtitlán. Toda la ciudad, mirada a lo lejos, a través de la vibración de la penumbra causada por la neblina matutina, parecía una ciudad de otro mundo, una ciudad fuera de la vida y del tiempo, mística y anhelosa como el lugar donde los poemas sagrados de los salmos fueron escritos. Todo el pueblo salió para ver a los extranjeros. También llegaron otros indios de provincias lejanas para ver a los dioses. Se llenó el lago de canoas y también la calzada con los mexica y sus vecinos. Salió tanta gente de Tenochtitlán que aún encima de los techos lisos de las casas que rodeaban la orilla de la isla, se podía ver gente. No importaba la dirección a la que los españoles dirigieran su mirada, la multitud india era inmensa y por demás numéricamente incomparable con la de los recién llegados.

Los caciques de las ciudades y provincias principales fueron los primeros en recibir a los españoles. Se arrodillaron, pusieron una mano en la tierra y besaron delante de ellos. Entonces formaron dos filas a ambos lados del puente, abriéndole paso a El Conquistador y a su tripulación. Después, Moctezuma salió a darle la bienvenida con su séquito que consistía de sacerdotes, Guerreros Águilas y Jaguares, caciques y nobles. Unos jóvenes guerreros llevaban a Moctezuma en un trono multicolor, cubierto de piel de jaguar, mientras otros derramaban flores en su sendero. Ninguno de sus súbitos podía mirarlo a los ojos (White,1971, p.144). Al encontrarse en el medio del puente, El Conquistador bajó de su caballo y Moctezuma del trono. Se saludaron formalmente por medio

de Doña Marina. El Conquistador sacó un collar de oro con margaritas de colores intensos que olía a almizcle, para regalarle a Moctezuma. El Conquistador se acercó al emperador para colocarle el collar alrededor del cuello, e intentar abrazarlo, pero los caciques se lo impidieron (Gómara, 1964, p.139).

-Doña Marina, decidle al gran emperador Moctezuma, que de mi corazón sólo brotan para él buenas venturas, que le deseo larga vida y salud, que el honor de conocerlo altamente gratificante me es, y más aún el gesto de haber salido del palacio a mi encuentro con tan grande agasajo, el que por siempre vivo en mi memoria quedará. Bríndole las gracias en nombre del Rey de España Carlos V y muy humildemente en el mío propio.

-Ha llegado a su destino Mi Señor-dijo Moctezuma. No estoy soñando. Lo he visto. Sabía que regresaría. Ha recorrido larga distancia. Cruzó las aguas saladas, las nubes, las cordilleras y por fin ha llegado para ocupar su trono y sus palacios. Deben estar muy hambrientos y fatigados. El palacio de mi padre, Axayácatl, está a su disposición. Las puertas están abiertas para ustedes.

Las palabras de Moctezuma fueron pronunciadas en un tono bajo, su rostro se notaba agobiado y en sus ojos se reflejaba el temor de la incertidumbre que le producía El Conquistador, aún cuando él hizo todo lo que humanamente le fue posible para mantener su postura de emperador.

Los sobrinos de Moctezuma acompañaron a los españoles al palacio de Axayácatl. Era de un sólo piso y conectado al Gran Muro. Estaba compuesto de salas lujosamente tapizadas y muy limpias. Había dormitorios para cada uno de los miembros de la expedición. En los dormitorios de los soldados había simples esteras. Pero en los dormitorios de El Conquistador y sus capitanes, había

esteras lujosas rodeadas de hermosas cortinas transparentes confeccionadas con exquisitas telas finas (Soustelle, 1996, p. 129.)

Poco después de que los españoles se acomodaron, llegó Moctezuma quien tomó la mano de El Conquistador y le dijo.

-Acepten estos regalos como gesto de mi fidelidad y amistad ahora descansen por favor-dijo Moctezuma, retirándose de la habitación sin dar lugar a diálogo alguno.

Moctezuma les regaló unos lingotes de oro a los capitanes y joyas preciosas a los soldados que nunca habían visto, hechas de ámbar, turquesa y jade. Entonces Moctezuma hizo algo que sorprendió a sus propios consejeros y caciques. Se quitó un collar con figuras de camarones de oro del cuello, y se lo colocó alrededor del cuello de El Conquistador (Díaz del Castillo, 1983, p.163).

El Conquistador contempló a su alrededor, con una mirada pensativa en la cara, mientras una extraña sensación se le paseaba por todo el cuerpo.

-¿Qué os pasa Capitán General?-preguntó Gonzálo de Sandoval.

-En verdad ya no sé que pensar. Es de nuevo esa extraña sensación que me invade y me hace su presa. Siento conocer este lugar de antes. ¡Oh Mi Dios! Tened clemencia de mí. Es acaso que el embrujo de mis negras pesadillas se han pintado de realidad al punto que ahora siento vivirlas. O es que alguien en esta tierra perdida, se ha osado a incitar perversos acechos contra mi mente. Liberadme de este tormento Señor, y he de prometeros que vuestra encomienda no detendré. El Conquistador se quedó en total silencio por un largo rato, y luego dijo a Gonzalo de Sandoval.

-Os prohibo decir cosa alguna sobre esto. ¿Habéis entendido, Gonzalo?



-Os doy mi palabra de caballero, mi Capitán General.

Los españoles no tardaron mucho en encontrar el tesoro que estaba enterrado dentro del palacio. Pidieron permiso para construir una capilla y Moctezuma se los otorgó y también les mandó toda el material para cumplir el trabajo. Dos soldados buscaron el lugar apropiado para construir la capilla, cuando uno de ellos, siendo carpintero, se dio cuenta que en la pared había una marca era la de una puerta secreta cubierta recientemente con yeso. Abrieron la puerta con cuidado. Se asombraron por lo que vieron adentro del amplio cuarto. Había joyas exóticas, baules llenos de tesoros y barras de oro que relucían ante los ojos de los conquistadores.

-¡Dios mío!-exclamó El Conquistador con su fuerte acento español. Absorto estoy del asombroso tesoro que en estos momentos mis ojos miran. La riqueza que en este escondrijo hay, sin temor de errar deciros puedo que mayor es a la que los reinos de España e Inglaterra juntos podrían poseer.

-Oh! Mirad vuestras mercedes, ¡Somos más ricos que nuestro rey!-gritó Juan Velázquez.

-No os precipitéis que todavía no ha llegado el momento-advirtió El Conquistador. ¿Por qué queréis actuar como ladrón de poca monta y salir huyendo con esto, cuando sabéis que hay más, mucho más por encontrar? Mi instinto me lo dice y nunca me ha fallado y no es ahora que lo hará. Esto tan sólo es el comienzo de la gran fortuna que nos aguarda, caballeros. Pero recordad, y es algo que vuestras mercedes no podéis olvidar, porque de hacerlo, costaros puede vuestras propias cabezas. Veinte por ciento de todo cuanto podamos lograr es de nuestra majestad. Además imposible nos sería llevar todo de una

vez, por lo que he decidido pedir la ayuda de los indios tlaxcaltecas. Por ahora cerrad nuevamente la entrada y pensad cada uno de vosotros en la mejor forma de transportar tan preciada carga (Díaz del Castillo, 1983, p. 178-179).

## Capítulo 4

# El Secuestro de Moctezuma

El Conquistador mandó un mensaje a Moctezuma, pidiendo permiso de visitarlo en el palacio real. Moctezuma autorizó la visita y los cinco capitanes, Doña Marina, Aguilar, y uno de sus mejores soldados, Bernal Díaz del Castillo, junto con dos regimientos acompañaron a El Conquistador. Uno de los regimientos se detuvo afuera del *teocalli* para vigilar las calles que llegaban al palacio, y otro regimiento se situó en la plaza.

Mientras atravesaban el *teocalli* para llegar al gran palacio real, se fijaron en la sangre que corría desde las torres de la Gran Pirámide hacia abajo de las escaleras.

-¡Salvajes endiablados!-exclamó Pedro de Alvarado.

El Conquistador entró en el palacio con los cinco capitanes. El Capitán General y Moctezuma se saludaron formalmente por medio de los intérpretes. Moctezuma les ofreció de comer, pero El Conquistador declinó la invitación cortesmente, dando inicio a la explicación del propósito de su visita por medio de Doña Marina.

-Emperador Moctezuma, vuestra merced me habéis desilusionado grandemente, por haber abierto de par en par las puertas de la desconfianza. Os diré que amarga conversa tendremos, producto de la torcida soga de la mentira que vos habéis iniciado y que ahora en vuestro cuello está. En mi tierra la traición del que solapadamente tiende la mano como amigo, y luego a esta

verdad falta, pierde de tajo consideración y respeto de parte del amigo al cual le ha faltado. La traición no es uno sino el más grande pecado que contra Dios podéis cometer, y en la tierra es considerada la afrenta más cruel que a un amigo se puede causar, y no queda atrás sin recibir antes castigo de fuerte rigor.

Vuestra merced Moctezuma, vos me habéis traicionado, al decir que sois mi amigo y al mismo instante que habéis dicho tal proclama de amistad, ordenasteis a vuestros capitanes, que con anterior premura habéis situado en la costa cerca de la Vera Cruz, que tomaran armas contra mis hombres. No habiendo quedado saciados con tal osadía, vuestros guerreros han saqueado el pueblo de los totonacas que como sabéis está bajo la protección de nuestro rey, exigiendo en vuestro nombre hombres y mujeres para sacrificio. Pero lo más grave que he de deciros, es que vuestros hombres dieron muerte a seis de mis hermanos españoles y a un caballo. Yo por mi parte fiel a mi palabra y compromiso de amistad me he guardado, dígolo porque ya habéis recibido de mi vuestras de esta verdad. Fue en nombre de esa amistad que ordené a mis soldados que os sirvieran en todo cuanto les fuera posible, con propósito único de ayudar a vuestra merced. Además he de deciros que de fuente confiable, sé todo lo concerniente al asunto de Cholula. Sé que habéis ordenado a vuestros Capitanes Águilas y Jaguares que nos dieran muerte. Más os disculpé y no os mencioné tal asunto, por el gran respeto que por vuestra merced tenía. Pero una vez más, vuestros capitanes y vasallos se han puesto insolentes, manteniendo consultas secretas, en las que han mencionado que nos quieren asesinar. El Conquistador hizo una pausa para tomar aliento y continuar (Cortés, 2000, p. 62).

-Emperador Moctezuma, he de ser claro y honesto al decirlos que no deseo destruir esta hermosa ciudad, ni quiero iniciar una guerra campal por las razones que os he dicho, que para seros franco, excusas suficientes son para una guerra. Más estoy dispuesto a perdonaros y olvidar todo cuanto ha acontecido, si en silencio y sin llamar atención alguna, venís con nosotros a nuestro alojamiento.

-Mi Señor, estoy sorprendido que usted, siendo tan sabio, haya creído estas mentiras. Nunca en mi vida haría tal cosa como es el traicionarle. Voy a enterarme quién ha cometido esta matanza, y mandaré por ellos. Le aseguro que los voy a castigar, pero de ninguna manera, saldré de mi palacio. Esa petición no se la puedo conceder.

-Emperador Moctezuma, deduzco que vuestra merced no entendisteis lo que os dije. Si vuestra merced no nos acompañáis, os juro por la gracia divina que me veré obligado a hacer cosas que no quiero. Os pido nuevamente, venid con nosotros por algunos días o por el tiempo necesario que nos tome capturar y juzgar a los culpables.

-¿Cómo quiere que abandone mi palacio? Soy emperador de esta ciudad y muchos territorios más. Tengo que gobernar a cinco millones de personas en 38 provincias diferentes y necesito estar aquí para manejar bien los asuntos del imperio (White, 1971, p.142).

-Si éste es vuestro problema, solución inmediata os daré. He de permitir a vuestra merced llevar consigo vuestros consejeros y familiares.

-Es imposible, Mi Señor. Piense en lo que sucedería en su país si el rey abandonara su palacio, siguiendo la petición de un extranjero, dejando como

hoja al viento su reinado. No puede un pueblo estar sin líder, sin que el caos se apodere del orden establecido, perdida toda la autoridad. Es imposible acompañarle. No puedo (Berler, 1988, p.58).

-¿Por qué vuestra merced os preocupáis cuando podéis gobernar desde el palacio de vuestro padre? Os prometo que el orden se respetará. Todo continuará igual.

De repente Velázquez de León interrumpió la plática.

-Vuestras mercedes habéis visto y escuchado, que las palabras de poco o nada habéis servido. Mi Capitán General, llevad a este salvaje ahora mismo o matadlo, sino, todos claros hemos de estar que jamás escaparemos de aquí con vida. Ordenadle que vaya con nosotros o dadle muerte aquí mismo (White, 1971 p. 205).

Doña Marina, siendo muy sabia, le dijo a Moctezuma.

-Moctezuma, vuestra merced siendo tan lúcido como sé que lo es, tomará a bien el humilde pero conveniente consejo que he de daros. Acompañad a los hombres blancos al palacio de vuestro padre. Con verdad plena os digo que seréis tratado con el honor y respeto que un emperador merece. Os suplico que no despertéis la ira de su poder supremo, que por demás sabéis superior al vuestro es. Antes bien sed astuto y actuad con deliciosa frescura de sosiego, sin exponer vuestra valiosa vida e imperio. Pero si vuestra merced habéis decidido reusar esta petición, debe saber que el destino del imperio fúnebre será y vuestra merced habrá escogido la daga más fuerte para morir.

Después de escuchar las palabras de Doña Marina, Moctezuma permaneció inmóvil, con ambas manos enlazadas y los ojos fijos en el suelo. El anochecer

parecía atizar aún más, la sombra negra que sobre el emperador de los mexica se cernía. Su rostro estaba sombrío y tan apagado como los de un cadáver martirizado. Levantó su mirada y la clavó en la de El Conquistador.

-Mi Señor, le acompañaré al palacio de mi padre, como me ha solicitado. Pero a cambio, ahora yo le solicito, respetar mi imperio. Si promete cumplir lo que le he pedido, ahora mismo partiré.

-Será como vuestra merced disponga-respondió El Conquistador. Sin poder ocultar en sus palabras, el gran alivio que le producía tener ya en su poder al emperador indio.

Moctezuma y su séquito, que consistía de Guerreros Águilas y Jaguares, sacerdotes, nobles, jóvenes y parientes, se trasladó al palacio de Axayácatl. Habían trascurrido ya tres semanas, y seguían esperando a los acusados. El Conquistador y Moctezuma se conocieron mejor durante este tiempo. Los dos hombres pasaban largas horas del día platicando acerca de la religión, la vida y las mujeres. Doña Marina interpretaba (Díaz del Castillo, 1983, p. 182-184).

-Si usted lo piensa bien, nosotros alabamos sólo a la Madre Naturaleza, al sol, a la lluvia, al viento, a la luna y a todos los elementos de la tierra y del cielo que necesitamos para sobrevivir. Nuestras vidas, como el agua dulce, van en un ciclo y están entretnejidas con la naturaleza. Por ejemplo, alabamos a Tláloc, el dios que preside sobre todas las aguas. El sol calienta el agua, el agua se convierte en vapor que sube para formar las nubes, y cuando hace bastante frío, el vapor en

las nubes se condensa, y el agua regresa a la tierra en la forma de lluvia a los lagos, los ríos y los mares, reiniciando el ciclo.

-Emperador Moctezuma, como os he dicho antes, no soy arrogante al extremo de deciros que soy dueño de cuanta respuesta exista. Pero si certeza absoluta tengo, que durante los largos días que sobre el vaivén de las olas pase, hasta haber logrado llegar a vuestro imperio Dios Cristo protegióme y dióme la fuerza también, para dar buen comienzo a su encomienda, que no ha de ser otra que la de salvaros. Sé que vuestra merced, otra vez ha de preguntarme ¿Salvarme de qué? Y una vez más he de responderos, del mismo infierno, lugar en el cual las llamas que lejos de la gracia de Dios pasan a mejor vida, para sufrir suplicio eterno. Pero Mi Señor Moctezuma, vuestra merced y vuestro pueblo podéis aún alcanzar la gracia divina, por medio del arrepentimiento y proclamación de nueva fe en Cristo, nuestro Dios. Haced esto y antiguas virtudes y bondades que sólo mi Dios puede ofreceros, se os darán. A cambio, tenéis que darle vuestra entera devoción que no podéis menguar ni desvirtuar con la práctica de vuestra idolatría pagana. Compadeceros de las miles de almas que en el camino de la salvación vuestra merced pondría, si aceptáis la conversión y os cubrís con el manto de Cristo Jesús, pues sé que vuestro pueblo, tal acto de profesión de fe seguirá.

-Ustedes dicen que alaban sólo a un dios. ¿Cómo explican los santos y la Virgen María? Nosotros también tenemos a un dios principal, Huitzilopochtli, el dios de la guerra, que nos da la vida. Claro que nosotros hemos matado en su nombre. Pero si nosotros sacrificamos a cien mil personas y ustedes matan a



cien, ¿Somos más diabólicos que ustedes? ¿Qué es lo que nos hace ser tan diferentes, como usted dice?

-Comparación tal no cabe, gran emperador Moctezuma. Nuestro propósito es santo y divino. En nombre de Dios, yo he traído a vuestra merced y vuestro pueblo la luz de la verdad y vida nueva, a través de una nueva religión. Daos cuenta que vuestros ídolos no son sino bestias de mal, que os obligan hacer tan funestos sacrificios de vuestros propios hermanos. Sacrificios que sólo acrecientan el abismo en el que vuestra merced caerá y en el que eternamente padecerá. Ensanchad vuestra razón, es menester hacerlo si queréis entender la verdad de la que tanto os he hablado. Emperador Moctezuma, vuestro pueblo y el mío incomparables son. El vuestro profano y pagano es, más España, mi pueblo santo es y nuestra responsabilidad ante Cristo Dios mucho más grande que la de ninguna otra nación. Menester nuestro es llevar verdad cristiana a toda la Tierra. Confiamos en la protección del altísimo, manifestada en los triunfos contra nuestros enemigos, como los que vuestra merced habéis presenciado y de los que habéis escuchado. No os sorprendáis pues, el choque entre la luz y la oscuridad porque inevitable era. Entended que la oscuridad tendrá que sucumbir a la luz. Pero emperador, os pido que no os ofusquéis por mis palabras, que tiempo os daré de cambiar lo que con yerro repetitivo habéis practicado junto a vuestro pueblo por generaciones, pero entended vuestra merced que así tenía que ser.

-Es verdad lo que decían mis antepasados. Que regresaría, y que con su regreso traería una nueva religión a nuestro pueblo.

-Señor emperador, en este tiempo de buena convivencia, os he llegado a considerar mi amigo. Razón que por más de buena tengo, para contaros una historia de la que jamás antes palabra alguna he proferido. Es la historia de un niño enfermizo, pero que consigo ya traía marcado en el corazón y ceño una voluntad de acero (White, 1971, p. 20-21). Proveniente de humilde casta y criado en la zona más áspera del mundo que vuestra merced imaginar pueda, donde el clima es tan duro como el carácter de su gente. Más ha sido de esta tierra inclemente de la que han brotado los guerreros más temibles y exploradores más valientes de los cuales la historia os pueda hablar (White, 1971, p.29). Su padre fue valiente capitán de guerra y su madre frágil dama de sangre noble. Con sólo catorce años, el joven salió de la buena casa para iniciar sus estudios universitarios. Se aburría en la escuela con los largos discursos y lecciones de sus preceptores que sólo conocían el mundo a través de libros llenos de doctrinas, las que como peste correr hacían por las aulas. El joven mozo, no podía disimular su aturdimiento, denotó en su semblante el vértigo que tantas palabras producíanle. El joven interesábase por las armas, impregnándose de espíritus con ansias de aventuras inexorables, que parecíanle rugir como un trueno en el interior. A los 16 años, dejó los estudios de leyes, y las vueltas del destino lleváronlo hacia otro rumbo (White, 1971, p.33). Causó grandes problemas a sus padres, a los que sin proponerse cosa tal, mortificábase grandemente, mortificación que congoja causábase a él, por el amor que a sus padres tenía, escuchábase a sí mismo diciéndose, "calmaos por vuestro bien hombre de Dios", pero tan pronto terminaba de decir tales palabras, inquietó el travieso espíritu que adentro estaba y despertábase cada vez más sediento de

aventura. Peleaba en demasía con los otros muchachos de la misma edad a fin de evitar atosigarse con el propio furor (Gómara, 1964, p. 7-8).

A los 19 años, el tiempo habíale convertido en un hombre fuerte, hábil y diestro. En busca de fortuna, partió de la madre patria, hacia otras tierras muy alejadas de donde nació, hacia tierras que decían estaban al otro lado del mar, y que él no podía ignorar. Embarcóse llevando consigo por equipaje un baúl de sueños y el corazón rebosante de ansias de aventura y gloria. Habiendo llegado a una isla que por nombre dieron Hispaniola, la que justamente queda en el medio del mar, ofrecieronle buen terreno para cultivo, pero para él eso era imposible de aceptar (Gómara, 1964, p.10). Había dejado su patria, enfrentado las tempestades del mar, pero no para ser un simple granjero, sino un fiel caballero al servicio de Dios y del Rey de España en cualquier menester que fuérale encomendado. Más imposible fuele al inicio lograr tal propósito por lo que se conformó con esta existencia por unos años, tiempo que dedicó astutamente a ganar aliados y poder político, sacando provecho a la lobretez de su estancia. Habiéndose hecho ya de cierto nombre, consiguió dar ayuda al gobernador, Diego de Velázquez en la fundación de una nueva ciudad, en otra isla cercana que se llamaba Cuba. Costóle tal hazaña arduo trabajo, pero pensaba que apoyaba a un amigo, que parecíale haría lo mismo por él. Buen lazo con el gobernador formó, hasta la llegada de la familia Juárez. El Señor Juárez trajo consigo a su esposa y a tres hijas bellas doncellas todas. El joven comenzó un secreto cortejo con una de las doncellas, Catalina. Pero enteróse el padre de la doncella de los amores de la pareja, y herido por la deshonra exigióle contraer nupcias inmediatamente con ella, para lavar el deshonor causado a la

familia. Pero él se negó a aceptarlo. Fue cuando quien él, "su amigo" consideraba, el gobernador Velázquez, mandó que lo encarcelaran. Cuando a la vez, este hipócrita vivía en amancebamiento con otra de las hermanas. Escapóse de la cárcel dos veces y sus amigos escondieronle de las autoridades (White, 1971 p.48-50). Estos amigos hablaronle de las expediciones a tierras cercanas donde se encontraba gente espléndida, con corazones generosos. Gente en la que cualquier hombre depositar confianza podía. Y lo más importante que esas tierras por gracia divina, nutridas estaban del metal precioso que él necesitaba.....

-¿Por qué quiere tanto el oro?-interrumpió Moctezuma. Nosotros lo usamos para la joyería y los ornamentos, nada más. Para nosotros las plumas de pájaros exóticos valen mucho más (Clavijero, 1964, p. 254). Por eso, solamente la gente de la clase alta y los guerreros pueden llevarlas en sus penachos (Prescott, 1998, p. 41-42).

-Entonces yo te diré, Emperador Moctezuma, y de seguro estoy que mi respuesta ha de satisfaceros vuestras dudas. Sabed vuestra merced, que mi rey, Don Carlos, estando a la cabeza del reino más poderoso del mundo, cada mes necesita de suministros varios para mantener el reino, y satisfacer las demandas del pueblo español, que por más está deciros muchas son. Esto sólo lo hace posible el oro. Además, surcar los océanos en estas cristianas expediciones, tiene un alto precio. Como veréis, en esta encomienda he gastado cada moneda ahorrada en mi vida (Díaz del Castillo, 1983, p. 33), pero con buen propósito es, y éste no es otro que el de cristianizaros. Pero como entenderéis yo también he de recuperar mis cuantiosas pérdidas y para tal caso preciso del oro.

-Le voy a ayudar, no se preocupe Mi Señor. Si en mí está, usted recuperará todo cuanto ha perdido. Este reino es suyo, tome lo que necesite-dijo Moctezuma.

-Siempre sabía que podía contar vuestra merced, y os agradezco una vez más las bondades y beneficios recibidos respondió-El Conquistador.

-Pero dígame una cosa, es importante para mí su respuesta ¿Es verdad que usted es Quetzacóatl?

-Soy un hombre como vuestra merced, Moctezuma. Pero, he de decirlo, que esta tierra ha producido sobre mí un extraño embrujo. Tengo la sensación de haber estado aquí antes pero no estoy seguro cuándo, gran conexión siento con todo cuánto miro y sin saber nada, paradójicamente sé todo lo que aquí acontece.

Moctezuma, después de las palabras de El Conquistador dio por terminada la plática, se disculpó de él y se retiró para reposar por unos momentos, cuando él muy bien sabía que reposo en su vida era lo que menos había desde la llegada de El Conquistador barbado a su tierra.

Apenas empezaba a romper el alba, todo aún estaba escarchado de rocío, la luna llena se percibía muy tenuemente en lo alto del cielo, negándose a partir a pesar que los primeros rayos del sol ya la lastimaban. La madre de Mázatl empezaba con los dolores de parto, que iniciaron con la fresca madrugada. El sol salió muy temprano, un poco antes del sonido de las trompetas de caracol que despertaban a la gente todas las mañanas, quería ser el primero en ver la cara del pequeño que pronto nacería. Por toda la ciudad, se escuchaba la melodía de

la naturaleza, la brisa ligera, el ceceo del agua en las fuentes, los pájaros cantando, los patos graznando, y desde las chinampas, el coro de los chapulines.

Mientras la madre sufría intensos dolores de parto, la partera le sobaba suavemente la barriga. Mázatl y su padre esperaban en el patio. La partera trabajaba rápidamente, poniendo una sábana de seda debajo de la silla grande de madera sin asiento mientras la madre gritaba y se aferraba con fuerza a los brazos de la silla.

-Respira bien, ya viene-dijo la partera. Tienes que aguantarte un poco más. Entre más fuertes son los dolores, más fuerte será el niño. ¡Empuja! ¡Empuja!

De repente coronó la cabeza del niño de entre las piernas de la madre, la partera lentamente acomodó sus manos alrededor de la pequeña cabeza de la criatura, le dio un pequeño giro primeramente y luego la jaló, sacándola totalmente del vientre de la mujer. Después hizo otro pequeño giro y sacó el resto del cuerpo. La partera lo atrapó, lo acomodó en la sábana de seda que estaba en el suelo al lado de la silla en la que la madre estaba y le cortó el cordón umbilical a la criatura que dio un chillido agudo, rompiendo inmediatamente a llorar. De repente Mázatl y su padre entraron en el cuarto. La partera envolvió el cordón umbilical en una tela de algodón y se lo entregó a Mázatl.

-Entiéralo en el campo de batalla mañana, para que sea guerrero como nuestros antepasados-dijo el padre de Mázatl. Su nombre será Capatli, "Caímán".

-Piedra preciosa, hijo mío muy amado-dijo la partera. Entiende que aquí no es tu hogar donde has llegado a la vida, porque eres guerrero y sirviente, eres

pájaro...pero este hogar donde has nacido no es tu nido. Tu propia tierra , y tu heredad es la casa del sol, en el cielo (Sousteelle, 1996, p.167).

Entonces la comadrona levantó al niño que seguía llorando y se lo entregó al padre. El padre llevó a su hijo afuera de la casa y lo levantó hacia el cielo. La luz del sol brillaba en la cara del niño que de repente dejó de llorar.

-Siente la brisa fresca de la madrugada, hijo mío. Siente los rayos del sol y recibe la fuerza del universo y así recibirás la inteligencia y la bravura que hacen digna y grandiosa a nuestra raza.

# Capítulo 5

## La primera batalla de Mázatl

Los tambores comenzaron a tocar y los capitanes mexica soplaron los caracoles marinos produciendo un extraordinario sonido agudo para llamar a los guerreros. Mázatl se levantó rápidamente de su petate en el que dormía, recogió una honda, un arco, unas flechas, un garrote largo y liso con obsidiana en los bordes y una espada muy afilada cuyas hojas eran hechas de piedra volcánica. Caminó rápidamente por el patio donde estaba su madre, vestida con una blanca falda bordada. Ella era de cara redonda y piel morena. Llevaba dos juegos de brazaletes en cada mano y unos grandes aretes de oro que hacían resaltar sus pícaros ojos negros. Sus labios rojos, los blancos dientes desplegados al sonreír, y el mohín de una naricita achatada, daban singular gracia a su rostro.

-Cuídate Mázatl-dijo la madre. Manten presente siempre en cada momento lo que te enseñaron tus maestros y tu padre. Pero recuerda también que te quiero mucho hijo mío.

-Yo la quiero también madre, más le ruego que no se preocupe por mí. Voy a salir bien en la batalla y la haré sentirse orgullosa de tenerme como su hijo-respondió Mázatl.

-Estoy orgullosa de ti hijo, no tienes nada que probarme, sé mejor que nadie que sangre es la que corre por tus venas.



El mancebo salió corriendo de la casa rumbo a la plaza donde se congregaban varios regimientos en las plazas de los *calpulli*. Su padre, que llevaba a la espalda de su uniforme la bandera de su *calpulli*, ya estaba en la plaza con los doscientos hombres que conformaban su tropa. Después marcharon al gran *teocalli* donde recibieron las instrucciones del sacerdote de Huitzilopochtli.

-Ustedes son sirvientes de los dioses y soldados del sol. Su deber es darle la sangre de nuestros enemigos a Huitzilopochtli. Ahora empezamos la marcha para Michoacán, el reino de los purépecha. Son personas cultas pero a la vez muy buenas para la pelea. Tienen armas de un metal aún más fuerte y cortante que nuestra obsidiana. Nos habían puesto mucha resistencia en el pasado y no quieren pagar los tributos como los tlaxcalteca. También se oponen a las guerras floridas (White, 1971, p.141). Si pueden capturarlos para los sacrificios serán bien recompensados. Pero si no, alimenten la tierra con sus cadáveres allí mismo en el campo de batalla.

Soplaron los caracoles marinos de nuevo y los regimientos marcharon hacia la calzada occidental donde se encontraban cuatro mil guerreros mexica que cruzaban el camino-puente, mil de ellos siendo Guerreros Águilas y mil setecientos Guerreros Jaguares. También los acompañaban mujeres, ingenieros, carpinteros, sacerdotes y cocineros. El día anterior salieron veinte Guerreros Jaguares para espiar el territorio de los enemigos.

Mázatl y Miquztli cargaban las armas y las provisiones de su maestro (Caso, 1953, p. 115). Marcharon por dos días antes de llegar a Michoacán por la noche, acampando en las afueras de la ciudad. En la madrugada del día siguiente, Mázatl se levantó temprano para enterrar el cordón umbilical de su hermanito.

Entonces dijo una oración, con el rostro hacia el cielo, una vez que hubo terminado el privado ritual, se levantó rápidamente y regresó a su puesto. Unos Guerreros Águilas que vigilaban, vieron a los purépecha en las vegas afuera de la ciudad, avanzando lentamente hacia los mexica, a gatas por la tierra, como tigres acercándose a su presa. Los Guerreros Águilas se notificaron del avance de los enemigos, imitando sonidos naturales de las mismas aves de rapiña que representaban. El mensaje llegó al campamento mexica rápidamente.

Primero los mexica empezaron a tocar las trompetas. Después comenzaron a tocar los tambores con un ritmo lento. Poco después, la melodía de los caracoles alcanzó un tono más fuerte y sonoro. Empezaron a tocar los tambores más y más rápido. Se escuchó el sonido agudo de los pitos de hueso. Los guerreros mexica gritaban insultos, silbaban con las manos, danzaban, brincaban y golpeaban el suelo, tratando de intimidar a los purémpecha (White, 1971, p. 117).

Soplaron el caracol otra vez y el padre de Mázatl dio la orden de ataque. Los más bravos y diestros guerreros Jaguares y Águilas corrieron hacia sus enemigos. Iztahkuatl, que estaba en la primera fila de ataque, corrió hacia los purépecha con Mázatl y Miquiztli dos pasos atrás.

-¡Viva Tenochtitlán, vivan los mexica!-gritaban. Iztahkuatl dio el primer golpe de la batalla partiéndole el cráneo a unos de sus adversarios con un garrote. Siguió hacia la entrada de la ciudad sin parar. Al ver esto, tres purémpecha que estaban en la primera fila de defensa, dieron la vuelta, y empezaron a perseguir a Iztahkuatl. Los mancebos se dieron cuenta de los perseguidores de su maestro y se volvieron para enfrentarlos. Miquiztli, con la

espada corta, le apuñaló el tobillo al primero, que cayó al suelo. Entonces le clavó el puñal en el estómago. Después, vio que Mázatl estaba atrapado entre los otros dos. Corrió tan rápido como podía hacia los purépecha para defender a su amigo.

Mázatl dio un paso hacia el purépecha que estaba a su izquierda, esquivando el golpe de su espada. De repente se agachó, sacó su espada, y antes que su enemigo pudiera reaccionar, le cortó las piernas arriba de las rodillas, volteándose rápidamente, logrando ponerse fuera del alcance del otro guerrero purépecha esquivando un mortal garrotazo. Entonces Miquiztli llegó para ayudar a su amigo y tumbó al enemigo que enfrentaba a Mázatl, con todo el peso de su cuerpo, sorprendiéndolo por detrás. Rápidamente, le amarró las manos y los tobillos con una cuerda haciéndolo prisionero.

Echaron una mirada atrás para ver a su maestro. Cinco purépecha lo atacaban por todos lados. Los muchachos corrieron rápidamente hacia los purépecha que no se dieron cuenta que se les acercaban. Les destrozaron las cabezas a dos de ellos a garrotazos mientras Iztahkuatl mató al otro con la espada con la hoja afilada hecha de obsidiana. Uno de los dos que quedaron, se lanzó a la huida mientras el otro quedó atrapado entre Miquiztli y su maestro. Mázatl levantó una flecha, la colocó en el arco, apuntó y disparó, hiriéndole la pierna izquierda al enemigo en vuelo. Mázatl corrió hacia el enemigo caído que se arrastraba en el suelo sin poder mover la pierna, lo pescó del pelo, y le amarró las manos detrás de la espalda en un instante. Iztahkuatl y Miquiztli todavía luchaban con el otro hasta Miquiztli lo tumbó, rompiéndole el escudo, producto de los continuos golpes que le propinó con el garrote. Cuando el campeón

purépecha se dio cuenta de que llegaba Mázatl, con la cuerda en la mano, el indio agonizante gritó.

-¡No me van a sacrificar!

Entonces, sacó una daga que llevaba escondida en su taparrabo y se la clavó en el corazón muriendo inmediatamente.

La batalla duró todo el día. Aunque murieron más de mil purépecha, la campaña no tuvo éxito, pues murieron seiscientos mexica. Capturaron sólo a 50 prisioneros para el sacrificio y no entraron a la ciudad para tomar el templo. En cambio, Mázatl y Miquiztli se convirtieron en los héroes de la batalla. Era muy raro que los mancebos participaran en combate mano a mano a menos que fuera necesario.

Cuando regresaron a Tenochtitlán, tuvieron una ceremonia en el *teocalli*. Los sacerdotes que organizaban estas fiestas, observaban desde lo más alto del Templo Mayor.

El cielo estaba muy despejado, el aire corría con la frescura y pureza habitual calmando el fatigado espíritu de los guerreros. Había bailes, en los cuales los hombres participaban vestidos con las pieles de diferentes animales y lucían joyas desde los penachos hasta las sandalias. Tocaban el *huehuetl*, tambor hecho de un tronco hueco del árbol que producía un sonido fuerte y bajo y a la vez se escuchaba las flautas hechas de barro, los caracoles marinos, campanas y otros instrumentos rítmicos que hacían de huesos, nueces y semillas.

Las mujeres bailaban con los guerreros mayores en un círculo en el medio del *teocalli*, vestidas de prendas multicolores, con guirnaldas alrededor de sus cuellos. Los demás Guerreros Águilas formaron un círculo alrededor de una

hoguera donde fumaban los brotes de plantas de cañamo en pipas de madera, tragando el humo dulce que les producía una sensación relajante.

Después salieron los acróbatas que brincaban y volteaban libremente, acompañados de algunas bellas doncellas que lanzaban al aire, apenas logrando recibirlas momentos antes que tocaran el suelo. Entonces se colocaron, uno sobre el otro, hasta que hubo cuarenta hombres formando una magnífica pirámide humana. Éstos entretenían a la multitud hambrienta mientras las mujeres servían toda clase de comida, venado, cerdo, conejo, pescado, jaiba y muchas comidas diferentes hechas de maíz; tortillas rellenas de frijol, chile y carne, tamales de legumbres, carne, huevos o pescado, y atole que era una clase de gaches de avena sazonadas con pimienta o endulzadas con miel.

De repente la música paró y todos voltearon para mirar a los voladores que entraban en el *teocalli*, caminando hacia un poste con una plataforma en la parte superior. Subieron al poste hasta la plataforma que apenas era suficientemente grande para sostener a los cinco hombres. Los voladores representaban a los cuatro puntos cardinales. El propósito de este ritual era llamar a Tláloc. Comenzó el ritmo lento del tambor. Cuatro de los hombres agarraron una cuerda y la amarraron alrededor de sus cinturas. Entonces ellos saltaron de la plataforma, empezando a dar vueltas en círculos en torno del poste al ritmo de los tambores que en cada momento aceleraba. El otro balanceaba la plataforma. Alzaron vuelo hasta quedar completamente en la punta del poste, girando violentamente. Poco a poco el cielo empezó a oscurecerse. Cuando por fin los voladores llegaron al suelo, se escucharon los gritos de agradecimiento y

felicidad. De repente estalló una lluvia torrencial mientras la fiesta crecía en ruido y entusiasmo.

Mázatl y Miquiztli jugaban al *tlachtli* cuando Iztahkuatl los llamó. Se detuvo la música y los dos muchachos se presentaron en el altar con el maestro delante de la Gran Pirámide y la gente los ovacionaba. Les pusieron ropaje blanco, emplumaron los brazos y piernas de ambos muchachos y les pintaron de rojo las mejillas. La gente guardó silencio mientras el maestro hablaba.

-Me da mucho gusto recompensar a estos jóvenes valientes, que en la batalla, se convirtieron en hombres-dijo Iztahkuatl. No sólo capturaron a un prisionero sino que salvaron mi vida. Por eso, les voy a recompensar con estas sartas de caracoles marinos y estas gargantillas de oro.

Una vez que hubo terminado sus palabras, recomenzaron nuevamente los gritos y la música. Los jóvenes bajaron del altar y otros mancebos se pusieron detrás de ellos, formando una cola e iniciando un desfile que circulaba alrededor del *teocalli* al compás de la agradable música.

Tres semanas después del incidente en Veracruz, los 15 acusados llegaron a la capital, encadenados. Antes de quemarlos vivos ante la vista y presencia de todo el pueblo, delante del palacio de Moctezuma, confesaron el crimen, y también nombraron a Moctezuma como el conspirador primario. El Conquistador mandó que encadenaran y sacaran a Moctezuma para que observara la ejecución. Después de la matanza, El Conquistador se le acercó a Moctezuma, le quitó las cadenas de los tobillos y lo abrazó. Las lágrimas empezaron a salir de los ojos del emperador (Díaz del Castillo, 1983, p. 184-185).

-Doña Marina, decid al emperador Moctezuma estas palabras en mi nombre, tal cual yo os las diré. He sentido en gran manera el escarmiento que os he propiciado, porque os he llegado a tener afecto a pesar de vuestra traición-dijo El Conquistador. Más sé que vuestra merced, entender debe mejor que ninguno de los hoy aquí presentes, que solamente sé es posible mantener el poder con poder y disciplina, por tal razón desapercibir tal acción no podía, y me fue necesario aplicar tan fuerte escarnio a los que osaron levantar sus manos con ánimo de privarnos de vida a mí y a mis hermanos españoles, que no hemos hecho otra cosa más que servirlos. Seguro estoy que este castigo no ha sido mayor que la traición que vosotros habéis proferido en contra mía y de España.

-Yo lo sé mi Señor. No le he culpado. Antes bien he recibido su castigo en silencio.

-Emperador Moctezuma, os pido que dejéis el pasado atrás y con él, este episodio, que es el lugar que en el tiempo le corresponde. Atended el presente que es el suspiro de tiempo que ante vuestros ojos está, y preparad el futuro que es lo que acontecerá, y sin duda lo más importante. Y es pensando en ese tiempo futuro que os voy a pedir dos favores. Que desde ya os ruego me cumpláis.

-Dígame mi Señor. ¿Qué es lo que necesita para el futuro, que si en mis manos está, se lo concederé?

-Sé que está en vuestras manos, y que no será difícil menester para vuestra merced complacerme en lo que os solicitaré. Primero, he de construir con premura dos barcos. Y para cumplir esto, necesitaré madera. Pero no cualquier madera, vuestra merced ha de suplirme sólo la que yo os indicaré.

-¿Quiere decir que van a construir las casas flotantes nuevamente?

-Así será, amigo mío.

-Mi Señor, indique a mis sirvientes qué madera es la que precisa para dar inicio a su faena, que inmediatamente mandaré que sea traída del bosque. Mi Señor, desde que llegó a estas tierras, he sentido el deseo de estar dentro de una de estas majestuosas casas flotantes, que son capaces de cruzar las grandes aguas y resistir las tormentas sin ser destruidas. Concédame el deseo de hacer una pequeña excursión en una de ellas, y quizás podamos cazar.

-Por supuesto que he de complacerle gran emperador Moctezuma. Si os place cazar, cazaré (Díaz del Castillo, 1983, p. 178-179).

-Cuando yo era niño me encantaba. Pero después de entrar en el sacerdocio, ya no hubo tiempo para tales diversiones (Prescott, 1998, p.27).

-Bien entonces, dando continuidad a nuestra plática, he de decirles que la segunda cosa que necesitaré de vuestra merced y en ésta urjo aún más que la primera, es.... más oro. Les Prometí a mis capitanes y soldados que les pagaría pronto. Ayudadme, decidme donde guardáis vuestro gran tesoro. Porque seguro estoy que un gran imperio como el vuestro un gran tesoro tendrá. Si en verdad os consideráis mi amigo y queréis agradarme para remediar el mal que me habéis causado con vuestra traición, ésta es la mejor oportunidad que se os presentará.

-Lamento no poder complacer a mi Señor como en realidad quisiera, pero se acabó todo el oro de aquí. Todo lo que nos queda son algunas barras, joyas y otros adornos de piedras preciosas que la gente usa como decoraciones en sus casas. Pero lo que puedo hacer es mandar que todos los pueblos de nuestras provincias nos paguen más tributos y que los mineros vayan para el sur donde



pueden extraer más oro y plata de las minas de allá, para que usted pueda pagar a sus hombres (Díaz del Castillo, 1983, p. 202-203).

-Emperador Moctezuma. Sois un buen amigo. Os doy las gracias con anticipación, pues sé que ambas encomiendas cumplirá vuestra merced con éxito.

El Padre de Olmedo que no estuvo presente durante el asesinato, llegó a la habitación de El Conquistador durante la noche.

-Hernán, ¡No tenéis excusa! ¡Lo que hicisteis imperdonable es!

-Pero Padre de Olmedo, estos salvajes se han sublevado en nuestra contra. Tuve que hacer escarmiento de ellos. Estos perros infieles tenían más que merecido ese fin. Os aseguro Padre que estas sabandijas y sapos inmundos, no intentarán tal cosa nuevamente.

-¡Os dejasteis guiar por vuestros impulsos, y no por vuestro deber de hombre cristiano! Estáis pecando contra el quinto mandamiento de la sagrada ley de Dios que dice, "No matarás". Os aseguro que por vuestro crimen vais a tener que contestar a una fuerza mucho mayor, que os reprenderá como mereceréis. Dios nos concedió como nueva ley el perdón, el amor y compasión entre todos nuestros semejantes, no podéis vos que la palabra de Dios conocéis, haceros el ciego. El Nuevo Testamento bíblico claro con su ordenanza es.

-Pero entendid, mi proceder Padre. Todo lo que conforme mi orden fue ejecutado, guarda un único propósito, que no es otro que el de hacer posible que vuestra merced pueda llevar a cabo su encomienda de cristianización. Os aseguro que estos salvajes no aceptarán vuestras doctrinas fácilmente. Creedme que no sólo palabras bastan para traer a Dios a estas tierras. Más os recuerdo Padre que es nuestra propia Biblia en su otro Testamento, donde Dios de propia

voz sentenció a los impíos por medio de Moisés, leed ahora mismo Exodo Capítulo 23 versículos del 22 al 23 que dice: “Seré enemigo de tus enemigos, y afligiré a los que te afligen. Porque mi Ángel guardará vuestros pasos, y os llevará a la tierra del amorreo, del heteo, del fereceo, del canaceo, del heveo y del jebuseo, pondrás con mi favor cuchillo a sus gargantas hasta quitarles la vida”. He cumplido lo que Dios estableció para mantener a salvo su pueblo, y nosotros somos su pueblo, sus hijos y por su gracia benditos. Padre, no seáis tan duro conmigo, mirad que estoy cumpliendo lo que Dios ordenó.

-Oídmeme Hernán, tenemos que enseñarles por nuestras acciones. Cómo vais a proclamarles amor y decirles que nuestro Dios es bondad y misericordia cuando vos sois implacable, y atormentáis a estas criaturas con tan crueles suplicios. Si continuáis con tan crueles métodos nunca se convertirán de todo corazón.

-Esos indios que quemé eran brujos ladinos, Padre. ¿Si estuviéramos en España, no cree vuestra merced que El Santo Oficio de la Inquisición habría hecho lo mismo?

-Don Hernán, os voy a decir una gran verdad, y por demás está decirlo que una vez que haya terminado debéis guardadla sólo para vos.

-Hablad, Padre Olmedo. Que contáis con mi absoluta discreción os lo aseguro.

-Hernán! El diablo astuto es, y se oculta detrás de las cosas de las cuales menos podemos sospechar. En este caso de la religión, y entonces aparece disfrazado como Dios.

-¿Quiere decir vuestra merced, que la Santa Inquisición, no es sino el mismo diablo? ¿No está vuestra merced de acuerdo con el proceder de la Iglesia y el Santo Oficio de la Inquisición?

-Lo que quiero deciros es que necesitamos tener la pureza de Dios en nuestros corazones para poder rechazar al demonio. ¿Pero quiénes somos nosotros para juzgar? Según las palabras de Jesucristo, todos somos hermanos. Todos por gracia divina, alcanzar la conversión y la verdad podemos; indios, negros, judíos, hasta los moros, si aceptan los mandatos de Dios. Si nuestras acciones son buenas, solamente entonces podremos convertir a los indios. Deberíamos ser verdaderos cristianos, que significa, "hijos de Cristo". Pero yo hube de ver a más de un sacerdote que funciones desempeñan en El Santo Oficio que son crueles e hipócritas; no hay gota de pureza cristiana en sus corazones. No todos. De cien buenos hay uno malo que no habiendo dedicado su vida a Cristo por completo y a su ministerio, se han perdido por el camino del mal. Pero como dice el adagio, "Poned en la mesa un frutero rebosante de manzanas, y con una podrida, se echan a perder las demás". Los indios que habéis matado no sabían de Dios. Por eso, lo hicieron. Pero vos en cambio, conocéis muy bien a Dios. Por eso, sois más culpable que ellos. Recordad que Dios murió en la cruz por la redención de nuestros pecados dejándonos una nueva ley que cumplir al haber dicho: "Oísteis que os fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo os digo: "No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra ". No penséis Hernán, que estoy en contra del Antiguo Testamento o de la Madre Iglesia de la que soy soldado fiel, lo que tan sólo pretendo es cumplir con la Ley de mi Señor, Jesucristo.

## Capítulo 6

# La Excursión a Texcoco

En una semana más, voy a iniciar el entrenamiento para hacerme un Guerrero Águila. Cada mañana, cuando soplan el caracol marino que señala el comienzo del día, me voy a levantar y correr hasta la orilla del lago para encontrarme con mi maestro y mi mejor amigo. Después vamos a ir a la tierra firme para empezar el entrenamiento. Por tres días, después de hacer ejercicios en la mañana, pasaremos las tardes en la cumbre de la montaña, mirando directamente al sol, sintiendo las caricias de sus rayos, que van purificando nuestros cuerpos. Durante estos días, ayunaremos, solamente bajando en la noche, para mojar nuestros labios con la hoja de maguey que nos dará nuestro maestro(entrevistas). Vamos a unirnos con Huitzilopochtli. Entonces haremos a los extranjeros respetar nuestra patria, o si no, los vamos a sacrificar en el nombre de Huitzilopochtli. Es lo que más deseo, luchar contra los blancos, no les temo, sé que son simples mortales como nosotros. Sé que padecen y sangran también. ¿Por qué no destruirlos? Somos mayores en número, más rápidos y mucho más valientes. ¿Por qué se detienen los Sumos Sacerdotes y nuestro emperador ante ellos, pensando que su líder es el dios, Quezalcóatl. Bastaría con enterrar una daga de obsidiana en su corazón para demostrarles lo contrario. Pero quien podría escuchar mis palabras, a parte de ti, amigo viento. Por eso, quiero ganarme el respeto de mi maestro y padre en guerra, para entonces decir todo esto.

Hoy Miquiztli y yo vamos a visitar a mi primo, Cuetzpallin, que vive en Texcoco, la ciudad que queda en el otro lado del lago. Vamos a ir a las montañas para cazar.

Cuetzpallin significa, "lagarto". Él es el mensajero más veloz del valle. Corre de pueblo a pueblo, llevando mensajes y noticias. Puede correr hasta treinta kilómetros al día en el sol más caliente (Berler, 1988, pg. 8). También sale por la noche hacia las montañas para conseguir la nieve que lleva a los vendedores en el mercado de Texcoco donde la venden con un jarabe dulce.

La gente acaba la nieve antes del mediodía porque sabe que pasada esa hora, se derrite con el calor del sol. Cuestan veinte semillas de cacao. Si tengo bastantes semillas, después de hacer las compras para mi madre, voy a comprarme una.

Miquiztli y Mázatl remaron hacia el noroeste para llegar a Texcoco. Bajaron en las orillas del lago donde dejaron la canoa. Tenían que caminar por media hora antes de llegar a la casa de Cuetzpallin. Texcoco tenía alrededor de treinta mil habitantes. Había hermosas casas de adobe, edificios semejantes a mezquitas que eran templos decorados y pintados con colores relucientes. También había dos mercados al aire libre. Los amigos se detuvieron allí.

-Oye, Miquiztli, déjame invitarte a una nieve.

-Pero Mázatl, valen mucho, ¿Vas a tener bastante semillas de cacao para cambiar por las cosas que tu madre necesita (Gómara, 1964, p. 162)?

-No te preocupes. Después de la cacería, vamos a cambiar lo que nos sobra de la carne por víveres.

Después de terminar las nieves, pidieron dos más. Pero esta vez, pidieron chocolate para echarle encima. Cuando acabaron las nieves compraron maíz. Una vez satisfechos con las golosinas que habían comido, continuaron su viaje hacia la casa de Cuetzpallin. Caminaron por veinte minutos más antes de llegar a la casa del primo de Mázatl.

Entraron por el umbral con dirección al patio, desde donde miraron a la tía de Mázatl que se encontraba en la cocina haciendo tortillas. La mujer había terminado de moler el maíz y echaba las primeras tortillas en el metate cuando oyó las voces de los muchachos en el patio. Ella salió para recibirlos con un abrazo. Mázatl le dio el maíz a su tía como ofrenda. Entonces Cuetzpallin salió de su cuarto para saludar a los chicos.

Caminaron por una hora antes de alcanzar las montañas verdes que circundaban los lagos. Pararon en el fondo de la montaña y empezaron a practicar el tiro de piedras con las hondas. Mázatl sacó uno de sus lápices de color y dibujó un círculo en el medio del tronco de un árbol. Miquiztli tiró primero, pegando en la línea del círculo, luego Cuetzpallin que pegó dentro del círculo, y por último Mázatl que se aproximó al blanco, e hizo una marca donde pegó el tiro de su primo. Para hacer más difícil el juego de puntería dibujó otro círculo en el centro del círculo principal. Una vez más Mázatl retrocedió, puso la piedra en la honda y la lanzó, acertando directamente en el medio del círculo más pequeño.

-¿Quieren luchar mano a mano?-dijo Miquiztli. Les gano a los dos a la misma vez.

-Yo les gano en una carrera a cualquier distancia-dijo Cuetzpallin.

¡Vámonos!

Cuetzpallin se puso a correr cuesta arriba de la montaña y los muchachos lo siguieron. Estaban a media altura de la montaña cuando por fin encontraron a Cuetzpallin esperándolos.

Después de descansar un rato Mázatl oyó algo en la distancia.

-¡Deténganse! ¡No se muevan!

Rápidamente salió del bosque un jabalí grande de color café, corriendo, a diez pasos delante de los muchachos. En un instante Mázatl colocó la flecha en su arco, apuntó y disparó, pegándole en la pata trasera a la bestia que se desplomó producto del dolor que la lanza que le causó. Pero el jabalí luego de forcejear por unos segundos con su propio peso se levantó, y trató de correr de nuevo cojeando. Cuetzpallin comenzó a perseguirlo, hasta lograr acorralarlo frente a una inmensa roca, acercándose al jabalí resueltamente, poco a poco. Miquiztli y Mázatl corrían unos pasos atrás. Cuetzpallin brincó en el aire, aterrizando en la espalda del cerdo salvaje, envolvió sus brazos alrededor del torso del animal, pero sólo logró reducir la velocidad del animal, que ya había encontrado nuevamente el camino para escapar de sus perseguidores. Con dos largos y gruesos colmillos que salían por los lados de su hocico, el animal trató de defenderse, moviendo su cabeza violentamente a ambos lados, faltando muy poco para que los enterrara en la cabeza de Cuetzpallin. Mázatl sacó su cuchillo y brincó en el aire volando sobre Cuetzpallin, agarró el cuello de la bestia con una mano, y con la mano libre, apuñaló el animal en la axila de la pata delantera, matándolo instantáneamente.

Los muchachos pusieron el cadáver del jabalí sobre una larga tela blanca. Miquiztli se quedó para preparar la carne que más tarde llevarían al mercado. Mázatl y Cuetzpallin ascendieron la montaña en busca de otra presa.

Cuando casi llegaron a la cumbre, vieron un venado en la distancia, comiendo las bayas de un arbusto. El venado escuchó a los muchachos que se le acercaban lentamente, y emprendió su huida a lo alto de la montaña, brincando ligeramente, tanto que sus patas apenas tocaban las rocas. Los muchachos lo siguieron, utilizando toda su fuerza para demostrar que eran más fuertes que el animal. Poco antes de llegar a la cumbre, donde había un claro el venado corrió aún más libremente.

Cuetzpallin llegó primero al claro, corriendo a largas zancadas, con Mázatl pocos pasos atrás. Cuetzpallin sacaba su arco y Mázatl una flecha mientras seguían corriendo. Se pararon y Mázatl le dio una flecha a Cuetzpallin que apuntó, y disparó apenas logrando rozar ligeramente la pata izquierda del venado. El animal corrió hacia unos tupidos arbustos y desapareció entre ellos.

Cuando Mázatl y Cuetzpallin se presentaron en el lugar donde Miquiztli esperaba, ya había comenzado a oscurecer. Miquiztli, quien ya tenía el jabalí preparado para cambiar su carne en el mercado, preguntó.

-¿Qué pasó? ¿Por qué tardaron tanto tiempo? ¿Dónde está la caza?

-Lo perdimos-dijo Mázatl. Es que el dios de la caza está enojado con nosotros porque no utilizamos las destrezas que nuestros maestros nos enseñaron.

-¿Cómo qué lo perdieron? ¡Nuestros padres nos van a matar! Y tu padre, Mázatl. Imagínate lo que te va a hacer si no llegas con lo que tu madre te



encargó. Vas a tener que cambiar las plumas de quetzal que recibiste para tu cumpleaños.

-Estás loco. ¡Nunca, jamás! Mi abuelo me las regaló antes de morir. ¿Saben por qué las plumas de quetzal son tan valiosas?

-Sí, dijo-Miquiztli. Son símbolos de riqueza, rango social y abundancia de las cosechas. También son las plumas que llevan los gobernantes. Las recibimos como tributo de las tribus del sur.

-Todo lo que tú dijiste es verdad-dijo Cuetzpallin. También eran las mismas plumas que llevaba La Serpiente Emplumada. Mi padre fue una vez en una expedición al sur hasta los bosques. Allí observó varios de estos magníficos pájaros que iluminaban el bosque con sus resplandecientes plumas verdes cuando salían de sus nidos para buscar alimento. En sus espectáculos de cortejo, el macho se elevaba hasta las copas del árbol, volaba en círculos, cantando alegremente, y luego se lanzaba hacia abajo, con su cola serpeteando como un cometa, para luego encontrarse con la hembra. Son atrapados, y una vez que les arrancan las plumas los dejan libres. Matar un quetzal es presagio de muerte.

-Muy interesante Mázatl, pero esto no resuelve nuestro problema-dijo.

Los muchachos discutieron el asunto unos minutos más sin ponerse de acuerdo. Empezaron a descender de la montaña hasta que llegaron al espeso bosque que estaba al fondo de la montaña. No podían ver casi nada, ni las estrellas que solían seguir cuando se perdían por la noche, porque las copas de los grandes árboles impedían a los muchachos poder ver a sus orientadoras. Caminaban por la penumbra guiados tan sólo de sus instintos. Mázatl y Miquiztli llevaban el jabalí. De repente se escuchó el canto de un búho y después

el viento comenzó a soplar fuertemente. Entonces los muchachos escucharon algo muy extraño, como si fuera una mujer llorando. Parecía que sollozaba y decía.

-Ayy. Mis hiiiiijos. Mis hiiiiijooos. Miiis hiiiiiiijooooos.

Los muchachos se detuvieron asustados. Hubo un silencio total por un pequeño instante. Entonces el viento sopló de nuevo y la oyeron otra vez.

-Miiiiis Hiiiiiiijooooos. ¿Dónde están mis hijos?

Entonces un árbol se cayó delante de los muchachos. Ellos se movieron rápidamente en tres diferentes direcciones, para impedir ser aplastados por las inmensas ramas.

-¡Por el gran Huitzi! ¿Qué es eso? ¿Quién anda por allí? Preséntate o te mató-dijo Mázatl.

-No es nada que tú puedes ver, Mázatl-respondió Cuetzpallin. Es Chocacúalt, La Llorona. Mi padre me contó la historia de ella. Tenemos que quedarnos en silencio hasta que se vaya.

Pero la voz de La Llorona se puso más y más intensa, dirigiendo sus gritos aterradores de lamentación directamente a los muchachos, perforando sus oídos. El viento aceleró y los muchachos dejaron caer el jabalí y sacaron las armas. Cuando ya no podían aguantar el horrible sonido, guardaron las armas y se taparon los oídos. Entonces una nube apareció girando en círculos delante del árbol caído, que de repente se convirtió en la imagen de una mujer con pelo muy largo. Ella llevaba un vestido blanco y largo y estaba descalza. Se podían ver sus pies perfectamente porque ella estaba suspendida en el aire. El mismo aire que le volaba el pelo, evitó que le vieran la cara. Los muchachos temblaban.

Ella se les acercó y el sonido se hizo entonces insoportable, los jóvenes se habían resignados a morir reventados por el agudo sonido que la mujer emitía, cuando de repente la imagen voló a otra parte tan rápido como vino y por fin el sonido cesó y el viento empezó a volver a la calma.

-Cuéntanos la historia de esa mujer Cuetzpallin. ¿Qué sabes de esa malvada?-preguntó Miquiztli. ¿Es una diosa mala?

-Bueno, se los voy a contar entonces, pero no se pongan tan miedosos como estuvieron hace rato.

-Hace mucho tiempo, había una campesina que vivía en la tierra firme en nuestro valle. Era una muchacha muy hermosa y buena. Sucedió que un día cuando ella estaba trabajando en el campo, en la orilla del río, lavando la ropa y cantando a la vez alegremente, el hijo del cacique del capulli pasaba por allá.

-Él se detuvo para escuchar esta bonita voz un buen rato. Cuando por fin, ella se dio cuenta de que alguien estaba escuchando, se dio vuelta. Cuando el señor vio su cara, se enamoró de inmediato y se la llevó a vivir con él.

-Poco a poco, Chocacúalt aprendió a amar al hombre sin protesta. Él siempre le proporcionaba lo que ella necesitaba y eran muy felices. Entonces nació el primer hijo, luego el segundo, y cuatro años después nació el tercero. Chocacúalt era la mujer más alegre del mundo hasta que la madre del hombre se interpuso.

-La madre quería que él se casara con una señorita de su propia clase, con una esposa legítima de la capital. El cacique no quería hacerlo, pero obedeció a su madre porque no quería avergonzar a la familia ni quería que bajara en el rango social. Se preparó para abandonar a Chocacúalt y a los tres hijos

dándoles una buena porción de su fortuna. Ella lo amaba y no quería perderlo. La pobre mujer lloró y suplicó sin resultado. La desesperanza de ella era horrible. Poco a poco su amor desesperado se convirtió en dolor, odio y locura.

-En el día de la boda, Chocacúalt apareció con los tres hijos. Viendo que había perdido a su verdadero amor para siempre, ella huyó enojada sin que nadie se diera cuenta... La gente se preparaba para una gran recepción cuando algo pasó que le hizo voltear y mirar con horror. La Llorona se presentó con los hijos muertos en los brazos. Los dejó caer al suelo proyectando toda su energía en ese instante. Tenía un cuchillo sangriento en sus manos y de su cara salía una sonrisa de locura. Entonces de repente la sonrisa cambió a una mirada terrorífica, y de su boca salía un grito sin fin.

Ella fue condenada a muerte por su terrible crimen. Durante las noches que estaba encarcelada, ella despertaba a mucha gente con sus gritos continuos, hasta una noche antes del juicio final los gritos pararon. Los guardias pensaron que se había suicidado. Pero cuando fueron a recoger el cadáver, no encontraron a nadie en la celda.

Desde entonces, en las noches oscuras sin luna, cuando hace viento fuerte, se oyen los lamentos horribles de "La Llorona". Los dioses no la dejan descansar. Le dicen que tiene que seguir buscando a sus hijos hasta que los encuentre. Siempre estará en búsqueda de perdón y descanso que jamás encontrará (entrevistas y Sodja, 2002, p. 14).

Cuando los muchachos volvieron a Texcoco, vieron algo asombroso. Los extranjeros estaban saqueando las casas de los nobles y los templos. Sacaban cuanto podían, joyas, pequeños tesoros personales y ornamentos de oro,

destruían las viviendas, violaban a las mujeres que luchaban contra ellos, mordíendolos y gritando por auxilio que nunca les fue brindado. Tenían al cacique, Cacama, encadenado, y al príncipe lo ahorcaron y dejaron su cuerpo colgando de un árbol. Los muchachos se quedaron paralizados por un momento. Nunca habían visto a su propia gente pagar tributo. Siempre era al revés. Mázatl y Miquitztlí corrieron con Cuetzpallin a su casa.

-Muchachos, gracias a los dioses que estén bien, entren, rápido.

-¿Qué ha pasado madre?-preguntó Cuetzpallin.

-Primero llegaron los súbditos de Quetzalcóatl. El emperador, Cacama, los recibió cordialmente. Después llegaron los representantes de Moctezuma para recomendar que les diera oro a los blancos. El gigante pelirrojo no fue satisfecho con la cantidad de oro que produjimos y empezó a gritar en su lengua, e inmediatamente sus soldados arrastraron a la gente de importancia hasta las calles, pidiéndoles más oro. Luego su capitán mandó que ahorcaran al príncipe, encadenaran a Cacama y robaran su palacio. No satisfechos, saquearon los otros palacios y los templos y sacaron a los nobles a fuerzas de sus casas para juntarlos en la plaza mientras otros soldados robaban sus casas. Luego sus sacerdotes mandaron que trajeran los libros de los códices de la Biblioteca Real para quemarlos en la plaza (White, 1971, p. 110). Han destruído y robado todo. Ya no queda nada.

La mujer rompió a llorar incontinentemente y no pronunció ninguna otra palabra.

Miquitztlí y Mázatl, luego de haber visto tan macabra escena y escuchar semejante relato, corrieron lo más rápido que pudieron hasta la orilla para

alcanzar la canoa. Remaron hacia la Ciudad-Isla contra una fuerte corriente que casi volteaba la canoa por un viento que soplaba vigorosamente. La noche estaba muy oscura. Se guiaban por las antorchas de los puentes hasta que lograron mirar la ciudad blanca que se elevaba sobre el lago. La ciudad, como siempre, estaba bien iluminada por los fuegos que quemaban arriba de las pirámides y las antorchas a lo largo de las calles. Cuando los muchachos llegaron a la casa de Mázatl, su madre los esperaba.

-Mázatl, ¿Dónde está la miel y la fruta?-preguntó su madre.

-Madre, déjame explicar...

-¡Explícaselo a tu padre! ¡Ahora no tenemos para comer mañana!

Entonces entró el padre de Mázatl con su vestidura de Campeón Águila.

-¿Por qué tantos gritos, mujer?

-Primero Mázatl apenas llegó a casa después de haberle dicho que llegara antes del anochecer. Segundo, no trajo nada de lo que le pedí del mercado.

-Mázatl, agarra las espinas de maguey inmediatamente-gruñó su padre.

-Pero padre, escúchame.

-Cállate, no quiero escuchar tu voz hasta que yo te quite las espinas de tu lengua mañana por la noche. Vas a aprender a obedecernos. Tendrás que dar cuenta a los dioses.

-¡Pero padre, espera un segundo! ¡En este momento los extranjeros están recorriendo toda la ciudad de Texcoco, destruyendo edificios y robando todo el oro. También mataron al príncipe y tienen a Cacama prisionero!

El padre de Mázatl, sorprendido por las malas noticias, pero resuelto, salió de la casa, corriendo en dirección a las casas de los nobles sin decir nada.

Al día siguiente Mázatl tuvo que volver al bosque para cazar un venado, llevando de alimento tan sólo tres mazorcas de maíz, siendo esto lo único que podía consumir durante el tiempo que le tomara cazar su presa. Tenía que perseguir el venado a través de la selva por días o incluso semanas en caso que fuera necesario. Mázatl se encontraba descalzo, sin abrigo, teniendo como única protección su cuchillo de obsidiana.

El joven guerrero, volvió al mismo lugar donde él y su primo vieron el venado comiendo bayas. Se escondió entre una de las ramas del árbol que colgaba sobre el arbusto. Después de pasar tres horas en el mismo lugar, sin moverse, respirando lentamente y con los sentidos muy despiertos como un león en espera de su presa. El venado apareció para comer las bayas. Mázatl esperó por unos segundos para que el animal se sintiera seguro y comenzara a alimentarse. Fue entonces, cuando el chico brincó del árbol, cayendo sobre el lomo de su presa apuñalándolo en la garganta, la falta de oxígeno y la pérdida de sangre que salía a manantiales del cuello del animal, lo obligaron a caer de rodillas ante su victimario. Mázatl levantó la cabeza del venado agonizante, sosteniéndola a la altura de la suya y le dijo.

-Hermano mío. Lo siento mucho. No te he quitado la vida por odio. Al contrario, lo he hecho por amor y respeto. Necesito tu energía y agilidad para poder derrotar a los hombres blancos, y ésta es la única forma de obtenerlas. Si no pudiera cazarte, no merecería llevar tu nombre según la tradición. Entonces el venerable animal dejó de resistir la muerte inevitable, cerró los ojos y entró en un sueño eterno. Inmediatamente, Mázatl cortó la cabaza del animal,

ofreciéndola al dios de la guerra Huitzilopochtli, y acto seguido la colocó sobre la  
suya, diciendo:

-Ahora estoy listo para la batalla final.



## Cuatro años después en las junglas de Honduras

-Señor Cuautémoc, vos y vuestros cómplices son acusados por el crimen de alta traición contra España, y nuestro rey, Carlos V. Pero sobre todo, los deseos de Dios-dijo El Conquistador. En vez de aceptar nuestra oferta de amistad, habéis conspirado contra nosotros. Mis intérpretes, vuestros queridos compatriotas, me han dicho que vos me queréis matar, y que ya mandasteis que los indios infieles que quedan en Nueva España se levantaran contra mis hermanos españoles allí. A pesar de todo, os puedo perdonar, si simplemente, nos decís dónde está el oro que dejamos en el lago y El Dorado. Ésta es vuestra última oportunidad. Si nos ayudáis, les liberaré inmediatamente.

-El único que los mueve es el oro, ¿verdad? Todas las promesas de amor y fe de vida nueva que me ofreces, no es más que un buen montaje para cubrir tus verdaderos deseos, obtener el metal amarillo. Pero ustedes también han de sufrir porque el metal amarillo les será vedado, no lo tendrán. Nunca les diré donde se encuentra. En cuanto a la traición que dices hemos hecho a tu Dios, a tu tierra y a tu rey, te puedo decir que no sé de que Dios, reino y rey me hablas, por lo tanto nunca les he jurado lealtad. Lealtad, sólo para mis dioses. Lealtad sólo para mi sangre. Lealtad sólo para mi mundo que no es el tuyo. Mi sangre los maldice ¡Qué les condenen los dioses! Y sepan de una vez que un mexicatl, jamás se rinde. Prefiero morir.

-Cuautémoc, vos habéis escogido vuestro propio destino-dijo El Conquistador con cierta amargura en sus palabras.

Sin embargo de forma inexplicable él siempre sabía que todo sucedería tal como aconteció por lo que dictó su orden.

-Yo ordeno que sean colgados hasta la muerte.

Los últimos emperadores de La Triple Alianza iniciaron un ritual que no fue entendido por los españoles, el que concluyó cuando los tres indígenas se tomaron de los antebrazos en señal de despedida. No había en sus miradas señales de espanto por saber que en segundos entrarían en la muerte. Todo lo contrario, sus miradas eran apacibles. Sus cuerpos se mantenían erguidos a pesar de las múltiples heridas que los quebrantaban de dolor por dentro. Mantuvieron su señorío hasta el final. Los soldados españoles tiraron las tres sogas por arriba de una de las ramas más fuerte de un enorme árbol y las colocaron alrededor del cuello de Cuautémoc y los otros dos caciques.

Pero antes de morir, Cuautémoc vio algo que le hizo sonreír. Fue un colibrí, volando a pocos pasos delante de él, que se detuvo por un rato, aletó levemente en el aire, haciéndole memoria que el ciclo de vida continuaba y de un joven Guerrero Águila que dio su vida por la suya en las orillas de su querido México-Tenochtitlán. En ese momento, los españoles jalaron las sogas, amarrándolas rápidamente alrededor del tronco del árbol, dando así muerte a los últimos emperadores de La Triple Alianza, llevándose a cabo la profecía de Quetzalcóatl(Díaz del Castillo. 1983, p. 469-470).

## Referencias Bibliográficas

- Berler, B. (1988). *The Conquest of Mexico*. San Antonio, Texas: Corona Publishing Company.
- Caso, A. (1953). *El Pueblo Del Sol*. México: Fondo de Cultura Económico
- Chan, R. P. (1977). *Queztalcóatl Serpiente Emplumada*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Chavero, A. (1953). *Resumen Integral de México A Través de Los Siglos*. México: Compañía General de Ediciones.
- Clavijero, F. J. (1964). *Historia Antigua de México*. México: Editorial Porrúa.
- Cortés, H. (2000). *Cartas de Relación*. Madrid, Spain: Dastin Historia
- Díaz del Castillo, B. (1983). *Historia de la Conquista de Nueva España*. México: Editorial Porrúa.
- Florescano, E. (1993). *El mito de Quetzalcóatl*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Gómara, F. L. (1964). *Cortés The Life of the Conqueror by His Secretary*. U.C. Berkeley and U.C. Los Angeles: University of California Press.
- Grismer, R L. y Molinos, M. (1953). *Conquistadores y defensores*. Universidad de Youngstown, Ohio: Heath and Company.
- Prescott, W.H. (1998). *History of the Conquest of Mexico*. New York: Random House
- Sodja, F. C . ( 2002). *Leyendas Mexicanas México*. México: EDAMEX.
- Soustelle, J. (1996). *La Vida Cotidiana de los Aztecas en Vísperas de La Conquista*. México: Fondo de Cultura Económico.
- White, J. M. (1971). *Cortés and the Downfall of the Aztec Empire*. New York: Carroll and Graf Publishers Inc.